

antojarán creaciones fantásticas. Es que entre todas las entidades de nuestra historia, la de Sarmiento es, en la esfera mental, la única congénita con el tipo mismo de la raza, hija directa de la tierra, flor y fruto naturales de su vegetación nativa. Otros toman su individualidad en el estudio disciplinado de las academias o de las literaturas dominantes: la de este poderoso primitivo absorbió para la nutrición insaciable de la personalidad originaria, todas las ideas y fuerzas ambientes. Este fenómeno se advierte en todas las fases de su labor mental, desde la página juvenil, trémula de emoción afectiva, hasta la más elevada u honda inspiración política. Sarmiento dió a la vida de la idea y de la acción el sello inconfundible e indeleble de los dos más profundos modeladores de caracteres humanos: la montaña y la llanura; pero en él son la montaña y la llanura andinas. Sus creaciones literarias más puras, más vigorosas, consagradas ya a la inmortalidad del arte —*Recuerdos de Provincia y Facundo*—, son el canto, la epopeya, el romance, la elegía, la endecha, la confidencia, la caricia, la tristeza, el enojo, la lucha, el furor y los profundos dolores y rugidos de aquellos dos eternos generadores de la belleza y del pensamiento argentinos.

Tres siglos de vida solitaria abrasada por los soles, azotada por los vientos y torturada por el desierto u oprimida por la cordillera, dejaron esas regiones impregnadas de hondas melancolías, de mudas protestas, de sordas rebeliones, de futuras e incontenibles tempestades. En el lienzo enorme de esas tierras y épocas de la patria historia, Sarmiento, el evocador, fijaba con la tinta robusta de su paleta las efigies apacibles o señoriales de sus antepasados, de sus maestros venerables de vida y de rígida austeridad, que decoran a manera de teorías esculturales sus memorias provincianas; o detiene y encadena a su paso estrepitoso y sangriento las sombras de Facundo, de Aldao, del Chacho, de la montonera, de la turba disgregada y esparcida por odios inconscientes y abstractos, por ser de sangre ajena con que apagar su vértigo de miseria, de correría y abandono. Es que están allí palpitando en el fondo del paisaje llanero o montañoso; y en cada movimiento del ramaje, o en cada alarma del nido, se cree ver asomar todavía la roja banderola del lancero en la emboscada, o se cree percibir tras de las escuetas peñas, el ruido de sables, espuelas y guardamontes de las partidas en desbande o en acecho. El artista en esos cuadros eclipsará siempre, para gloria suya y de su Patria, al historiador; y la

obra es clásica, de ese clasicismo originario de las epopeyas cívico-religiosas, hijas de la naturaleza, modeladas por la estética genial del bardo o del profeta.

Carácter indivisible, como producto directo de su medio, lleva esa unidad indisoluble de su constitución a todas las aplicaciones de su actividad mental y política. Ese es el origen de su yo, de ese yo insistente, rebelde, insaciable e irresistible como un ariete, conciso, claro y terminante como una fórmula, elocuente y deslumbrante como un experimento, que torturó por más de medio siglo a sus adversarios y coetáneos, y que ellos atribuyeron a pueril vanidad o a desmedida exaltación de sí mismo. Era su sentido nativo y su vocación de la verdad, hija de la misma tierra y acrisolada por el estudio, lo que impulsaba su raciocinio en la presión de la lucha o en la prisa de soluciones definitivas, hacia la suprema y categórica simplificación del yo soberano y absoluto como un mandato. Ajeno a toda atenuación cobarde o egoísta, que en la discusión impide o retarda la entrada de la verdad en la escena, ofrece a cada instante su yo a la mesa de la autopsia propia y extraña, siempre que hubiera de extraerse de ella un átomo de verdad positiva. Demuestran esta conclusión sus mismas contradicciones, aparentes o reales, que en el largo espacio de medio siglo de labor mental habrían neutralizado todas sus ideas fundamentales.

Las vidas activas no pueden ser lógicas en el sentido de una unidad e identidad de todos los instantes; porque sería la negación de la transformación orgánica que rige a todo el universo y más el mundo de las ideas racionales y sensitivas. Una idea y una acción políticas, identificadas con la evolución de un pueblo, no pueden mantenerse invariables y fijas, mientras todo cambia y se transforma en torno suyo; y por eso los llamados caracteres invariables e incommovibles, son los menos lógicos y los más incompatibles con la naturaleza y con el gobierno de las sociedades humanas. Para una conciencia exacta, formada en la observación de las leyes científicas de la vida, el verdadero carácter es el que se guía por el amor y el sentimiento de la verdad y la justicia; y las más firmes columnas morales en que se apoyan las naciones y mantienen esa armonía universal que llamamos civilización, son aquellos espíritus que, poseídos por don natural o racional, de la suprema inspiración de la verdad y de la justicia, tienen la fuerza de abnegación y sacrificio indeclinables, para sustentarlos contra todos los obstáculos, potencias o acechan-

zas de los hombres o del destino. De los mismos orígenes arrancó Sarmiento sus más violentas pasiones, sus vocaciones más decididas y absolutas; sus ambiciones fueron tan grandes como los rasgos esenciales de su carácter; pero ellas no van dirigidas a la sensualidad de un goce, ni a la vanidad de una victoria personal, sino a la solución de un problema moral o político para la vida de su pueblo. Es el caso de esas que Haldane llamaba hace poco, vidas consagradas, entendiendo por tales, «aquellas que se concentran con toda su potencia en un alto propósito», y una vez medida su propia fuerza y comprendida con claridad la magnitud de lo que pueden realizar, se entregan a la acción en toda su integridad.

He dicho antes que Sarmiento era un carácter indivisible; y ahora necesito completar mi definición asociándola a una grave cuestión de moral política y humana, ya enunciada en ocasión memorable por un célebre educador moderno. Hablo de la doble conciencia, tan admitida y común en la vida contemporánea, según la cual se la puede dividir en privada y pública, de manera que una moral rija los actos privados y otra diferente gobierne los que afectan a los negocios comunes o políticos. Fruto sólo de los sistemas abstractos o imperiosos, que han dominado por tantos siglos al mundo, él sólo aparece como índice de corrupción o decadencia, para exaltar el formulismo cortesano en el sitio de la sencilla verdad, y para erigir el fraude artero y artificioso en señor y dominador de las relaciones privadas y públicas, y dispensador único de éxitos y soluciones. Lo que Bourgeois y Haldane preconizaban en París y Glasgow, como el supremo ideal de la universidad moderna en relación con el destino de la sociedad política, nuestro genial educador lo traía en la conciencia como una imposición fatal de su indomable naturaleza. La unidad indivisible de su carácter, auxiliada por una voluntad tenaz e inflexible para la acción, hacía de él una solución viviente y anticipada de futuros problemas de alta ciencia educativa; y así no es extraño, sino de todo punto lógico, que esa vida se consagrara en absoluto y por igual a altos propósitos, que en su diversidad específica acaso se redujesen a uno solo: **educar a la democracia argentina.**

Era la dedicación suprema de un espíritu surgido en el alba de la nacionalidad; acrisolado su culto de la tierra Patria en el espectáculo grandioso de una lucha por la libertad que improvisaba héroes y apóstoles, cual si brotasen de las pie-

dras como en las leyendas antiguas; entristecida luego por las discordias y odios, tan regresivos como persistentes, que hicieron fácil presa en multitudes bárbaras, ignorantes y miserables, que al amparo del desierto y del aislamiento, engendran la fuerza de recíproco exterminio, y los monstruos humanos de la ferocidad, el egoísmo y la superstición, formas horribles de la lucha por la vida, más que de la ambición de dominio o de poder político; testigo doliente y víctima él mismo de las tiranías de esa barbarie tan soberbia como brutal, y muchas veces revestida de formas y procedimientos civilizados que hacían más odiosos sus excesos; admirador presencial de las maravillas y bendiciones que en esas mismas épocas, por un amargo sincronismo, vertían en otros pueblos, en Europa y en América, la paz, la libertad, la ciencia y el trabajo colectivos, y ansioso de ver en sus días y de labrar con sus manos para su patria iguales dones, —la **consagración** de su vida quedó hecha en su inteligencia; y todo el poder de su genio, todo el vigor de sus facultades y todos los recursos de su temperamento, quedaron librados a la guerra sin término, contra los dos más temibles enemigos de la Patria: la ignorancia en las almas, la miseria y la desolación en el territorio.

La misión educativa que se impuso Sarmiento, fué esencialmente política. Desde las primeras fórmulas constitucionales bosquejadas por la Revolución, el gobierno popular quedó planteado como un anhelo, como una decisión de las voluntades directivas del movimiento emancipador. Pero esa masa social salía de un régimen de ignorancia y de aislamiento moral de tres siglos, y se vió de pronto impelida a las conscientes y soberanas funciones del sufragio. Los analfabetos de la libertad admitieron los inevitables tutores de su ignorancia, y desde ese día una clase inesperada de representantes sin mandato, se interpuso entre el elector originario y la urna del comicio. El caudillo de fuerza, de interés, o de conciencia, apareció en la vida política argentina, y este substitutivo, al echar raíces en el suelo propicio, queda convertido en institución. Reformas célebres se han consumado sobre bases tan deleznales; una mentira inicial se halla sepultada, a manera de cimientos, bajo los muros de nuestro edificio político, el cual ha ido levantando sobre ella los diversos cuerpos de la inmensa fábrica: las constituciones unitarias hasta 1853; la Constitución federal hasta nuestros días.

¡Obra gigantesca fué la que se propuso reemplazar los ya demasiado profundos cimientos provisorios, por los definitivos de duro y macizo granito, para el porvenir de las generaciones que habían de utilizarla! Sarmiento estaba en la verdad al comenzar su apostolado de enseñanza; y porque comprendió que no llegaría jamás a dar al régimen constitucional, firmeza y consistencia verdaderas, mientras no se hiciese en el pueblo la conciencia de sus derechos, la noción de su destino colectivo. Pero al mismo tiempo que su acción política colaboraba en los hechos orgánicos de la nación nueva, su prédica en la prensa, en la escuela, en el libro, en la tribuna, afrontaba el problema fundamental de la educación. Entre tanto, los partidos y los gobiernos, aun para las soluciones más vitales, acudieron a las transacciones en los mejores casos; y cuando predominaron los sentimientos disolventes o egoístas, se apeló a la violencia, y para disimularla bajo un pabellón de principios, se proclamó la reivindicación de la libertad del sufragio, o su conquista, como una nueva Magna Carta que justificase todas las revoluciones.

El pensamiento educador, mantenido sin tregua por Sarmiento y por Alberdi, en la más fecunda dualidad y contradicción que pueblo alguno puede exhibir en su historia, elaboraba en la banca humilde de la escuela de aldea, en el silabario, en la traducción, en la lectura, en el ejemplo personal de todos los instantes, en la fustigación, en el sarcasmo, en la reprimenda, en el ridículo, en la amenaza, en todas las formas de la sugestión y de la prueba, el tipo del ciudadano deseado para la nueva democracia. Si por una parte, la lección didáctica tendía a crear un género uniforme de educación cívica, por otra la lección mucho más incisiva del ejemplo del maestro-estadista, imponía el sello diferencial del carácter a cada individuo. Se quería una nación de hombres libres y no un ejército de voluntades subordinadas a una fórmula imperiosa común. Y el ideal era tanto más alto, cuanto más cercana se hallaba la época de las sumisiones y pasividades impuestas por el temor o la necesidad, o por esa fatal inclinación a la servidumbre, en las sociedades debilitadas por largos despotismos o regímenes personales.

Y aquí otra dualidad o paradoja de difícil explicación: de un lado la mayor prosperidad económica, y del otro, en un perfecto paralelismo, la más visible y real regresión o atonía moral o política. El hecho ha existido y ha calificado épocas históricas; y no es ésta la primera vez que yo lo observo co-

mo una realidad existente en nuestro propio país. Aquella atonía moral y política es crónica dolencia del alma argentina, adquirida en la privación de toda parte del ciudadano en la creación efectiva y directa de su propio gobierno. Generaciones y generaciones han pasado alentadas por las promesas de rehabilitación, y siempre la razón de urgencia, de necesidad, del hecho consumado, del orden existente, ha justificado los gobiernos de hecho, de transacción o de violencia. Perdida la esperanza de las conquistas ofrecidas, los ánimos han caído en la incredulidad, en la amarga decepción o en la enconada reserva; y así, todos los excesos o licencias de los gobernantes pueden hallar tierra propicia o ambiente de indiferencia; y por el lado opuesto, todos los enconos encontrados pueden descubrir la brasa escondida entre las cenizas, para incendiar con un soplo la hoguera de las revoluciones sangrientas. La suerte de una democracia semejante, donde el soberano es sólo un hombre o una pasividad, queda librada a las contingencias más inesperadas: porque si ella no ejerce su voto, quedará a merced de las convenciones de gabinete o de comité, convirtiendo la política electiva en asunto de administración; o en el mejor de los casos, fiará a ciegas, en las inspiraciones personales del gobernante, obligado a suplir con su discreción y conciencia del bien común la ausente determinación de la voluntad popular.

La genial inspiración de Sarmiento comprendió desde luego que la atonía del espíritu cívico de sus compatriotas era un mal antiguo, que tenía echadas profundas raíces en los hábitos sociales, conservados por un sistema de ignorancias y exclusiones, inveterado si no sistemático. Para él el problema del sufragio era problema de educación. Lo ha sido en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde un secular influjo educativo ha hecho de cada ciudadano una fortaleza irreducible para toda influencia, que mueve toda humana voluntad. Y si la educación de un imperio de reciente aparición en el núcleo de las grandes potencias ha demostrado que eran utopías las antes consagradas diferencias de sangre, ¿cómo negarle el poder de enseñar a un pueblo, de raza y cultura europea, la fácil ciencia de gobernarse a sí mismo? ¡Oh, el látigo de Sarmiento! No es sólo el de Juvenal, que castiga faltas y flagela debilidades y bajezas, sino también el revulsivo, el que despierta, el que alarma, el que sacude y hace ver la obra y la urgencia del trabajo, y la vergüenza de la miseria indolente y criminal. Metuentes verbera lingue. Los

enemigos de la cultura, los amigos de la secular rutina, los conservadores de los odios y las simulaciones mañosas que han retardado este proceso de nuestra general cultura, sintieron chirriar sus carnes heridas por aquella vibrante disciplina de maestro que arroja mercaderes y que incita a la acción, a la lucha contra el yermo doméstico y los latifundia del dominio común. Y durante más de medio siglo, hasta los umbrales de su último día, —primero de su reposo,— los *verbera lingue* del maestro-estadista resonaron sobre las espaldas de la rutina y del fraude y de la ignorancia engreída y malevolente.

Muchas veces habrá cedido él mismo a la sobreexcitación del combate y a su propio temperamento e impulso, arrancando acaso con injusticia una gota de sangre o una lágrima de dolor. El no ocultó sus imperfecciones ni desconoció sus errores; y sería inmortal en toda literatura aquella página parlamentaria en que compara los ríos torrentosos, que salen puros y transparentes de la gruta primitiva, bajan con estrépito la montaña y, recorriendo el largo y tortuoso cauce, se echan sobre los llanos sedientos, para fecundarlos con el caudal de sus aguas, llenas de impurezas arrastradas a su paso, pero también repletas de limo regenerador. Símil admirable, en cuyo fondo se lee una confesión ejemplar; correctivo discreto de la falsa moralidad, que exige ideales puros e imposibles, y enseña que no consiste la virtud cívica perfecta en la ausencia absoluta de pecado o de error, sino en la persistencia y sinceridad y honradez del propósito dominante en la vida del hombre público.

El plan educador de Sarmiento era de una estrategia integral, si se puede hablar así. Porque, al propio tiempo que dirigía, manejaba y reformaba sistemas vetustos de enseñanza primaria, promovía e implantaba un sistema de instrucción media que aun no ha sido superado en sus contenidos esenciales; y fijaba atención preferente en el ciclo de los estudios superiores, coexistentes e inseparables de aquéllos; agregaba cimiento científico a todas las instituciones del Estado que requiriesen pericia o preparación sistemática; y por eso crea las escuelas técnicas de ambos ramos de nuestra milicia, alza en Córdoba un hogar propio a la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional a la cultura superior del mundo; y, echando abajo toda frontera intelectual entre su patria y el exterior, llamó a las universidades los primeros núcleos de alta sabiduría europea, para fundar o robustecer la incipiente ciencia argentina.

El estaba en la verdad, porque la formación de una democracia consciente, como la requerían las nuevas instituciones, era una exigencia inmediata para salvar de un irreparable naufragio el bastimento común, tantas veces desmantelado y roto. Desde la primera noción cívica infantil con mira hacia el futuro remoto, a la noción objetiva del deber en el adulto analfabeto, y hasta la instrucción y cambio de oriente intelectual en las clases superiores y gobernantes, había que elaborarlo todo al mismo tiempo, en un inmenso taller donde todos los operarios debían ocuparse a la vez de todas las secciones de la obra; y a veces este obrero colosal se nos aparece como un cíclope de leyenda, rompiendo el granito, cuadrando y puliendo el bloque, cantando, embriagado de su faena, las delicias de la curva gloriosa, o rompiendo la armonía del poema con los denuestos de la cólera y de la pelea contra la dureza de la piedra o la lentitud de las horas, o con los recios martillazos que dejan la marca imperecedera en la frente del coloso. Hay un ritmo superior e imperturbable en la historia de su evolución mental y política, a pesar de todas las incoherencias, contradicciones y desequilibrios: es la pasión de la verdad, el furor de la acción, la fiebre profética de la propaganda, que asume todas las formas y los tonos, desde la caricia tenue y cálida, hasta la agresión brutal que derriba del primer empuje, para levantar después a la víctima en sus brazos. Es la pasión de la Patria que lleva dentro de sí como su propia substancia, y por eso habla en su nombre sin nombrarla, acarrea febricitante la argamasa y la piedra para continuar la obra, y anticipando las líneas finales, está preparando las ánforas y el pebetero para el vino místico y los inciensos de la magna celebración.

Una patria unida e indisoluble era lo que buscaba como problema orgánico, y dentro de la patria un Estado firme y representativo, fundado sobre la realidad democrática. Por eso es hasta demagogo en la calle, y por eso llega hasta déspota en el gobierno: es que el genio personal que lo anima y lo mueve se ha compenetrado con la acción pública, y sin artificiosas duplicidades, habla él mismo en todos los actos y transpira en todos los documentos. Por eso sus contemporáneos sintieron sus palabras y su gesto como reproches y amenazas; y por eso todavía, a dos décadas de su muerte, ráfagas de odio sublevado por las reminiscencias de antiguos entreveros amenazan aventar sus cenizas. La anarquía nacional lo arroja del suelo nativo, y la luz ya encendida

alumbra caminos lejanos donde multitudes hermanas y afines peregrinan como las nuestras hacia la civilización y la libertad. Su residencia de Chile y sus viajes por el viejo y el nuevo mundo, como a otros inmortales conductores de pueblos y conciencias, le sirven de escuela y de universidad, con la ventaja inmensa de la experiencia y la observación de sociedades extrañas, que luego vaciaría a manos llenas en la labor directa de la propia cultura.

Por todas partes, con la seguridad de un convencido, como quien echa toda la personalidad en el honesto propósito, juzga hombres y cosas a su manera, ante su propia luz, y los asimila a su insistente problema interior. En la antigüedad habríanle tomado, al verle vagar por las ciudades y desiertos, como un futuro fundador de religiones, como un predestinado de destinos extrahumanos. La soledad no era su ambiente, porque él la llenaba con sus palpitaciones o la perturbaba con sus gritos y confidencias, o la poblaba con enemigos imaginarios pero vivientes, que le acechaban en las sombras, y cuyos alientos hostiles, al llegar hasta él, le arrancaban sus intraducibles conjuros de combate; porque estaban allí, surgiendo en cuerpo y alma en sus evocaciones mentales. La mentira, el fraude, la inercia improductiva, eran algunos de esos fantasmas asediando de su pensamiento jamás reposado; los odios seculares que sembraron la separación y la guerra en el alma de la sociedad argentina, —la guerra privada y latente, mucho más siniestra que la institución medioeval,— envenenaban a veces la tinta torrencial de sus escritos y discursos; pero una magna y encendida nube de amor cerníase sobre su cabeza, y ungía la obra y la misión apostólica con efluvios supremos. Era el cóndor de sus rocas áridas y escuetas, sediento de sol y de las inmensidades, que, después de la ruda batalla del nido y de la presa, alza su vuelo silencioso y olímpico, para contemplar y beber en una mirada la masa de los hombres y de los pueblos como un solo hombre y un solo pueblo.

Hijo de la roca y del desierto, como aquella ave simbólica de altísimos destinos comunes en América, fué, allá en el fondo de su alma, un filántropo insaciable de amor y de felicidad para sus hermanos de raza y de destino; su vocación de educador es, así, la fórmula actuante de su filantropía íntima y profunda; su política de paz y fraternidad americana tenía también ese origen intenso; y el espíritu de la revolución de mayo, calentado, sin duda, en la amistad del

sublime renunciante de Guayaquil, había forjado en su mente el concepto de una patria más afectiva, más amplia y más desinteresada, que él imaginaba en sus hondas cavilaciones proféticas, semejante al reino ideal de Isaías, «el cual se alzarán en la cima de las montañas, y todas las naciones correrán hacia él como los ríos; y juzgará entre todas ellas y no hará exclusión de ninguna»; y «trocarán las espadas en arados y sus lanzas en guadañas», y «ninguna desnudará su espada contra otra, y para siempre la guerra desaparecerá de sus recuerdos». Su pacifismo americano, fundado en los lazos de la sangre de un pasado común, era como todas las suyas una convicción apasionada y no una fórmula diplomática; como lo fué en su rival Alberdi, —que en algo superior habían de hermanarse estas dos fuerzas geniales,— hasta poner en evidencia que la política panamericanista de la hora actual tuvo en estos dos argentinos, inspirados por la desgracia de la patria propia, más que sus precursores, sus fundadores efectivos.

Su concepto de la libertad política en una democracia era en él, a la vez, de ciencia y de sentimiento. Un vigoroso y joven talento argentino ha enunciado en su estudio de Sarmiento una idea intensa en su aparente exotismo; es que en él había un místico de un misticismo patriótico, originario de la tierra, el que engendra esa intensa emoción que las virtudes públicas y los hechos gloriosos despiertan en las almas educadas. La de Sarmiento hallábase impregnada de esa fuente emocional, alimentada en sus viajes y lecturas de los Estados Unidos. El alma de Washington, el noble martirio de Lincoln, la consagración filantrópica suprema de Horacio Mann, modelaron su corazón y su conciencia, reforzaron con el ansia de la noble imitación, la ingénita asimilación a los altos modelos. Las proclamas casi evangélicas de Lincoln, saturan de vibraciones su estilo de polemista, de comentador, de docente y de gobernante, y todo el progreso político de las antiguas civilizaciones, que visita y compenetra en sus ostracismos, quiere volcarlo de una sola vez en la inmensurable y vacía y desolada extensión de su triste patria.

Si las vidas de los grandes varones no han de servir de ejemplo y de guía, no vale la pena de evocarlas ni narrarlas; por fortuna, los biógrafos de la antigüedad y de los nuevos tiempos modelaron la conciencia humana en los tipos de sus retratos imperecederos. Sarmiento mismo, como Rousseau, Lamartine y otros selectos espíritus, amó la forma confi-

dencial y biográfica, que alecciona con la propia y la ajena experiencia, y aunque sus cuadros aparezcan a veces recargados o empalmeados por las influencias de la pasión ambiente, la línea maestra queda inalterable.

Nosotros debemos leer y contemplar la amplia órbita de esta vida de un siglo, con el criterio del más sano y sincero aprendizaje. Yo me he interrogado en el silencio de mis meditaciones, si acaso el problema capital de la vida de Sarmiento ha sido resuelto, si los aforismos que la sintetizan han pasado a ser realidades tangibles, si los ensueños patrióticos que agitaron su alma insaciada han tomado forma en el mundo de las cosas.

Y Sarmiento ya no vive para realizar el milagro de las resurrecciones: su espíritu sólo nos ha quedado, difundido como la savia de una selva tropical en los árboles que la visten, en el conjunto de su vida y de su obra, tanto más grande y sugerente, cuanto más y de más cerca se la contempla; millares de escuelas de todas las magnitudes, como alvéolos abiertos de una vasta colmena, abren sus cálices vacíos a la miel intelectual que ha de venir a depositar en ellos el maestro errante e invisible, en sus confidencias de todas las horas de estudio; millares de corazones infantiles palpitan en enjambre al rumor de su visita confidencial y paterna; y la grande alma del que en su infancia fuera apellidado «el primer ciudadano de la «Escuela de la Patria», alimenta, conforta, conduce e ilumina por todos esos caminos, desde su altura inmaterial a los nuevos ejércitos de la interminable cruzada, contra la tenaz ignorancia, generadora de discordia, fuente de regresiones y dolores, amenaza constante y terrible contra el destino de toda nacionalidad juvenil. Y su influencia civilizadora en el Gobierno y en las más locales formas de la labor económica, son tan fuertes como en el reino de las inteligencias, y ha sido forjado su nombre y su genio para escudo y emblema de toda idea de progreso moral y político.

Ya no existe Sarmiento en cuerpo y forma para realizar las ansiadas resurrecciones; pero el primer siglo cerrado sobre sus cenizas candentes, abre una nueva puerta de bronce perenne del templo de su gloria, que proclaman hoy desde un confín al otro de la tierra patria los millones de hombres libres que ella alberga. Podemos adoptar ese nombre como expresión de los ideales que agitaron y ennoblecieron su vida de creación y de lucha; y las actuales y futuras generaciones

de argentinos pueden cobijarse a la sombra de la bandera bautizada un día por su inspiración genial, y cuyo sentido se condensa en esta alta y salvadora divisa: «a combatir por la verdad y la justicia en la democracia, y a mantener encendido el fuego sagrado del amor y la solidaridad entre los hijos de la misma patria y obreros de una misma cultura».

JOAQUIN V. GONZALEZ.

LA HERENCIA GRIEGA EN LA CIVILIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

Hace dos mil quinientos años, ocurrieron en Grecia, en el lapso de dos siglos, entre 520 y 320, acontecimientos que aseguraron la existencia de nuestra civilización europea y determinaron sus caracteres; los griegos no sólo cortaron el camino a la expansión de los imperios asiáticos, por el valor de los soldados de Maratón y por la iniciativa inaudita de las expediciones de Alejandro, sino que también, en ese corto espacio de tiempo, en ese suelo pedregoso y desamparado por la naturaleza, en esas pequeñas ciudades siempre en lucha, celosas unas de otras, desgarradas a menudo por contiendas de partidos y la mayor de las cuales, Atenas de Pericles, contenía apenas 40.000 habitantes, se constituyeron ese capital espiritual, estas artes, estas ciencias, esta filosofía cuya herencia es el valor esencial de Europa en la historia del mundo. De esta maravillosa aventura del espíritu humano voy a hablaros unos instantes.

No cabe ciertamente que me excuse de tratar un asunto poco actual; no faltan, en efecto, desde hace quince años, profetas de mal agüero para decirnos que nuestra civilización europea está amenazada —que la inteligencia, formada por nuestras ciencias, sólo capta la superficie de las cosas, y que el sentido de las realidades verdaderas le escapa— que la razón, con sus pretensiones de universalidad, sólo puede ser un obstáculo para las fuerzas vitales y principalmente para las de la raza, a menos que se convierta en su humilde sierva. Los rasgos que reprueban estos modernos enemigos de la cultura son precisamente los que los griegos introdujeron en el mundo; meditar sobre la herencia que nos

transmitieron es pues hablar de nosotros mismos, es enseñarnos a conocernos mejor y, acaso también, a amarnos mejor.

Esta herencia no corre peligro por primera vez en nuestros días; no existe sin duda lugar en el mundo que haya sido más convulsionado que nuestra Europa desde hace treinta siglos; por los mares que la rodean, por las arenas africanas, ella marca el límite en que durante la primera mitad de estos tres milenios vienen a encontrarse, chocarse, combatirse, las poblaciones que del Norte o del Este llegan unas tras otras para buscar establecerse. En estos choques sucumben civilizaciones de las que no queda ningún vestigio; terminadas las invasiones, en el siglo VI de nuestra era, el estruendo perpetuo, el nacimiento y la decadencia incesantes de imperios, reinos, naciones, regímenes sociales y políticos, constituyen nuestra historia.

En medio de todas esas conmociones, la civilización occidental conserva su unidad intelectual y su permanencia; es que se retoma, en los peores momentos de su historia, el impulso dado por los griegos; quienes aparentemente habían de ser sus mayores enemigos se convierten en sus alumnos; los romanos trizan la independencia de Grecia, pero aprenden allí las ciencias y la filosofía, juntamente con el gusto por el arte; por los teólogos del cristianismo se expande, en la Edad Media, el pensamiento griego que se opone, por tantos rasgos, a la visión cristiana de las cosas; es conmovedor ver, después de la gran desolación dejada por la ruina del imperio romano, a los clérigos que, en lo profundo de España o de Irlanda, salvan en sus enciclopedias todas las parcelas que pueden de la herencia griega; es conmovedor ver que el más precioso obsequio hecho a Ludovico Pío por el emperador de Bizancio, son las obras de Dionisio el Areopagita, ese teólogo griego que, en el siglo V, reanimó en el cristianismo el espíritu de la filosofía de Platón. Desde todas partes, los bárbaros piden lecciones a los griegos; los árabes aprenden de Aristóteles la filosofía, de Ptolomeo la astronomía, de Euclides las matemáticas; por su intermedio se introducen en Occidente las obras de Aristóteles y, con ellas, se renueva en el siglo XIII el pensamiento filosófico.

Así durante diez siglos la herencia griega llega a Occidente, parcela a parcela; pero en los siglos XV y XVI es el gran Renacimiento; el tesoro entero es hallado; todos, sabios, eru-

ditos, artistas, poetas, se embriagan con la belleza y la perfección de las obras maestras de la antigüedad griega.

Sin embargo esta perfección es a su modo un peligro; los que ella hipnotiza tienden a creer que la historia del espíritu se ha terminado en Grecia, y que los modernos no podrían ya ser sino continuadores o epígonos; sueñan con la belleza de los dioses y de los templos como con un esplendor pasado; y les parece que el espíritu humano ha terminado su historia con Homero, Sófocles, Fidias y Platón; ya no puede vivir sino de los imágenes de un sol por siempre extinguido. ¿Comprendieron las lecciones de los griegos, y son sus verdaderos herederos los que así fijan límites al espíritu? Debe responderse a esos idólatras de la antigüedad que precisamente los pensadores de Grecia nos enseñaron a detestar toda idolatría. "Les anciens sont les anciens, et nous sommes les gens de maintenant", esa salida de Molière contra los que, en su tiempo, no se atrevían a afirmar nada sin apoyarlo en un texto antiguo, no estaría ciertamente fuera de lugar en boca de uno de esos pensadores de Grecia que para determinar lo que era verdadero o falso requerían como única autoridad el testimonio actual de su propia conciencia, siempre que fuese atenta y ejercitada.

He aquí, en efecto, la maravilla del espíritu griego: obras acabadas en su género gracias a un método que, por sus alcances y su fecundidad, sobrepasa ampliamente las obras que produjo; una ejecución perfecta que satisface al espíritu, pero que, al mismo tiempo, lo estimula y no lo deja en reposo. El tipo del griego es Sócrates que perseguía a sus ciudadanos hasta que, por discusiones que son modelos de método, hubiese extraído de ellos todo el saber del que eran capaces, dejándolos desconcertados, inquietos, conscientes de su ignorancia y deseosos de remediarla —Sócrates que hace confesar a los generales Laches y Nicias que ignoran qué es el valor, al político Calicles que no sabe qué son la política y la justicia— Sócrates que se dirige irónicamente a los especialistas para hacerles conocer que son incapaces de resolver problemas, aun técnicos, si no recurren a la inteligencia toda.

La grandeza del espíritu griego consiste en subordinar la obra a la inteligencia. Una obra es a la vez la solución de un problema técnico y la manifestación de una inteligencia; en su primer carácter interesa a aquél que la usa; pero inte-

resa a los griegos por su segundo carácter. Dios en el *Timeo* de Platón fabrica el cielo con sus estrellas y sus planetas como un artesano humano fabrica anillos concéntricos con bandas de metal; pero la obra verdaderamente divina no es ajustar esos anillos, es colocar los círculos portadores de los planetas a distancias relativas que se expresan en las relaciones numéricas más exactas y más perfectas que sea posible; el descubrimiento de esas relaciones no es obra de técnica sino de inteligencia; y la inteligencia móvil y escudriñadora concede menos importancia a lo que produce que a la continuidad de su acción y a su propia perennidad.

Por eso el espíritu griego persiste, aunque no quede casi nada de la imagen del mundo y del hombre que se había formado. Esta imagen estalla como si fuese demasiado pequeña para contener lo que la inteligencia quería poner allí; nuestras matemáticas, derivadas de la geometría de los griegos, no son ya su geometría, y nuestra astronomía no conserva nada de su imagen del mundo, aunque haya tenido allí su necesario punto de partida. Había una forma geométrica que tenía un encanto particular para los griegos: la esfera, a la que consideraban como la más perfecta de todas; y esta forma dieron al mundo, limitándolo por medio de una esfera en que suponían engarzadas las estrellas fijas; se necesitaron siglos para que la imaginación escapase a esta obsesión de esa forma perfecta; la hipótesis de Copérnico hizo saltar el bello y armonioso universo, el cosmos, que habían inventado Platón y los pitagóricos. Pero esas derrotas de la ciencia de los griegos fueron para ella la mejor de las victorias; porque es una victoria de la inteligencia, educada por ellos, contra las formas o imágenes provisorias en que la habían fijado; Atenea no necesitó, como lo deseaba Renan en su *Prière sur l'Acropole*, "ensanchar su frente". Nunca se creyó la sabiduría griega prisionera de las imágenes en que se encarnó por un momento su pensamiento; si supo desembarzarse de los mitos religiosos en que Oriente se hundía por largos siglos aún, no fué para fijarse en imágenes que fueran objeto de una creencia ya existente, pasivamente aceptada. Los mismos griegos no se estabilizaron jamás; no había entre ellos una imagen del mundo universalmente admitida; los filósofos limitaban sus dogmatismos uno con otro, y siempre, junto a ellos, algún escéptico los escuchaba para obligarlos a vigilarse, a examinarse a sí mismos y para recordarles que

la verdad estaba aún lejos; la variedad de las imágenes impidió siempre en el pensamiento griego una estabilización mortal para el espíritu.

Esta íntima unión de potencia creadora y de espíritu crítico es el ideal de los griegos. ¿No es también ella el alma de nuestra civilización? No es difícil crear, vale decir abandonarse espontáneamente a la imaginación. No es difícil criticar, vale decir conocer a posteriori los defectos de una obra ya hecha. Lo difícil es unir la creación y la crítica, la imaginación y el juicio, el entusiasmo y la serenidad. Las obras maravillosas con las cuales vivimos, nuestras artes, nuestras ciencias, nuestras filosofías, nacieron de la combinación de esas cualidades en hombres de genio u hombres excepcionales; pero ese dominio de sí, los griegos lo hicieron posible y fecundo.

Se estaría lejos de la verdad, en efecto, si por las reglas o cánones que gobiernan las proporciones de la arquitectura y la escultura se definiera el arte griego, y por la lógica la ciencia y la filosofía griegas, como si producir obras fuese repetir mecánicamente fórmulas de taller o de escuela, halladas una vez para siempre; esta falsa y pobre imagen de las obras llamadas clásicas impide ver bien todo lo que debemos a los griegos; en verdad, la razón en ellos es militante, apasionada, imperiosa; se da por misión someter y captar las fuerzas inferiores de los deseos y pasiones, como Orfeo, con su canto, apaciguaba a las fieras; los griegos han conocido, tanto o más que todos, ese mundo extraño, irrazonable, en que la imaginación se extravía en mitos monstruosos, donde nos acecha la locura. La sonrisa de las Corai del Museo de la Acrópolis, el matiz de desdén que vaga en los labios de Apolo vencedor de la serpiente Pitón, la serenidad del Zeus de Olimpia señalan otras tantas victorias sobre ese lado sombrío y temible de la naturaleza. La perfección de sus artes, la precisión lógica en las demostraciones, no se obtienen por la fría aplicación de los procedimientos técnicos; son expresión de victorias de la razón sobre el desorden exterior y principalmente sobre el desorden interior en que nos tornamos juguete de nuestras emociones e instintos.

Así pues los griegos dieron, no sólo a la inteligencia de Occidente, sino también a la vida moral, ese impulso que dura desde que los primeros físicos de Jonia intentaron hacer

inteligible el devenir de las cosas. Nunca disminuirá la irradiación de aquel final del drama de la Orestíada, en que Esquilo nos muestra cómo el tribunal instituido por Atenea pone término a esa regla del talión que, de generación en generación, ensangrentó la familia de los Atridas; se ve en ello el hallazgo de una justicia reflexiva que domina las prácticas tradicionales y las costumbres. Lejos de ser prisionero de las formas políticas y sociales en las cuales se desarrollaba su vida, el griego sintió muy bien que esas formas eran pasajeras; por apegado que esté a la ciudad, Aristóteles proclama que la búsqueda de la verdad es superior a la vida cívica, y capta, con muchos de sus contemporáneos, el carácter diverso, ondulante, contradictorio, de las leyes de las ciudades; después de él, los estoicos colocaron también la vida moral en una región propiamente humana, inaccesible a los azares de los papeles que nos hacen representar nuestro nacimiento, nuestra nación, nuestro oficio; y separaban las reglas de conducta que esos papeles nos imponen, de la voluntad libre y razonable que las juzga. ¿Quién puede decir qué fuente de paz y serenidad fué y es aún ahora la meditación de las obras de Marco Aurelio o de Epicteto? En su moral hallamos el rasgo helénico por excelencia, el que crea la prodigiosa fecundidad del pensamiento griego, la independencia ante las formas, en que se realiza transitoriamente la Idea, con respecto en este caso a las formas de la conducta, como decía yo hace un momento con respecto a las teorías del mundo.

Que puede haber en este racionalismo un peligro, es evidente; la crítica despiadada que los griegos hicieron de sus propias tradiciones religiosas y políticas ¿no trajo finalmente esa anarquía que no sólo los obligó a aceptar el yugo romano, sino que, lo que es mucho más importante, los dejó sin defensa contra las supersticiones orientales que invadieron el mundo occidental al término de la Antigüedad? ¿No es más seguro después de todo, nos aconseja la voz secreta de nuestra pereza, confiar en las tradiciones y en la larga experiencia que ellas fijan? Pero yo no pretendo en manera alguna que la vida, tal como la concibieron los sabios de Grecia, sea una vida sin peligro, y que hallemos, al meditar en ella, esa especie de seguridad material y moral que está tan cerca de la inercia. Por el contrario, con su deseo infinito de precisión, verdad y justicia, los griegos, aventureros del espíritu,

introdujeron en el mundo la inquietud. Pero no es vaga, informe y satisfecha en sí misma esta inquietud que llevó a los griegos a esas expediciones espirituales que nos dejaron en su estela el arte, la ciencia y la moral por las cuales se elevó el hombre de Occidente.

Es acaso posible, meditando este ejemplo, saber mejor lo que somos y lo que queremos. De creerle a algunos, nuestra época es una encrucijada de caminos: por un lado una civilización técnica cuyos descubrimientos multiplicados nos dan poderosos medios de actuar sobre las cosas de la naturaleza; los fervientes de esta civilización piensan que ella nos proporcionará, por la medicina y las artes sociales medios también poderosos de modificar a voluntad los fenómenos de la vida y de la sociedad; pero la técnica, que pone a nuestra disposición esos prodigiosos medios de acción, no puede indicarnos la finalidad de esa acción; se ve pues a esta civilización técnica acompañada por una profunda incertidumbre sobre el fin de las acciones humanas, y tenemos la paradoja de una sociedad tan segura de sus medios como poco segura de sus fines; el poder racional del hombre, absorbido por la técnica, abandona al azar todo lo que constituye el precio de la vida humana; pero como la voluntad necesita no obstante una guía, es natural que el espíritu, para descubrirla, tienda a la línea de la menor resistencia y escoja los fines que le son asignados como desde fuera por el instinto vital, la raza, la tradición, fines que, lo sabemos por experiencia, se imponen a veces contra toda razón por la fuerza salvaje e inexorable de las grandes funciones biológicas.

Frente a ello, una civilización humanista, menos atenta a los resultados técnicos que al desarrollo del espíritu, más sensible a los descubrimientos que a sus aplicaciones, a la perfección de los conocimientos que a su extensión, que prefiere el equilibrio a la potencia. Es la civilización que los griegos introdujeron en el mundo: "La ciudad, dice uno de sus filósofos, está hecha no sólo para vivir sino para vivir bien", es decir, no para la satisfacción de las necesidades materiales y fisiológicas, sino para una vida conforme con la dignidad humana. Entre estos dos tipos de civilización, lo digo para concluir, estamos obligados a escoger; y uno de los grandes problemas de nuestra época es saber si, en las necesidades que oprimen a nuestras sociedades, llegaremos a

mantener intacta la herencia griega, única que nos permitió a todos, aun a aquellos que la ignoran, vivir una vida de hombre.

EMILE BREHIER.

Traducción de Iris Acacia Ibáñez.

EL NIÑO DE AGRIGENTO

No es quizá la menor desgracia de nuestros tiempos bárbaros que la poesía griega (y latina) no mantenga ya su categoría en la educación. Pues no se trata solamente de instruir, de preparar para una carrera: se trata de educar las almas. Pues bien, un alma se educa al contacto del heroísmo y de la belleza. Si nunca ha llorado, en algún aula de colegio, con Aquiles ante el cadáver de Patroclo, o tomó la mano de Antígona cuando desciende a la tumba, si no ha contemplado, en la balsa de Ulises, el mar inmenso, o sostenido al viejo Edipo a la entrada del bosque de Colono, ni danzado con los mistos, ni ha perseguido, en la noche, a las bacantes, el joven ha perdido su tiempo. Quiero, pues, que un escolar de Francia, como su hermano de Eton o de Harrow, lea a los poetas griegos: no solamente a Homero y a los trágicos, es decir una u otra tragedia íntegra con sus coros, sino también una buena selección de líricos. ¿No es acaso inconcebible que se pueda abandonar el liceo sin ni siquiera conocer la existencia de Safo, de Píndaro, de Simónides? Sin embargo mi discípulo ideal posee ciertos rudimentos de métrica. Se le ha hecho sentir el ritmo de una estrofa de Safo o de Alceo, de un coro trágico. Entonces, cuando todo está explicado, el sentido, el número, la música, el maestro —estamos en Inglaterra— el maestro abre su "Oxford Book".

Bird of the sea rocks, of the bursting spray,
O halcyon bird... (1)

¡Cómo se respira de pronto en clase un aire más puro!
¡Y qué silencio! Seguramente, de su alegría secreta el niño no querrá mostrar nada, es la ley de su edad. Pero bebe

(1) Pájaro de las rocas marinas, de la estallante espuma, ave halciónica.

esas cadencias. El instante bendito en que se ha revelado súbitamente para él una forma imperecedera de la belleza, jamás lo olvidará.

Hojead una antología de poetas ingleses y os sorprenderá escuchar a menudo como el eco de las canciones griegas. No se trata aquí de recuerdos literarios, menos aún de una marquetería artificial, es algo mucho más sutil y más raro. Un clima, cierta gracia nativa, un candor, una especie de pureza precisa de la imagen, no se qué de simple, de fresco, de joven, que hace pensar en los niños de Sicilia, en el Ion de Eurípides, en los adolescentes de Platón. Ese encantamiento tan difícil de expresar, ¿quién no lo siente al leer a Shelley o Keats? Sin duda, estos dos coregas, habiéndose convertido en clásicos, los poetas que ellos susciten podrían no haber experimentado más que su sola influencia. Se les debería ese perfume de juventud que emana de los líricos ingleses durante todo el siglo XIX. Pero es habitual que el programa de las "public schools" haga remontar hasta las fuentes en donde el mismo Keats y Shelley se han abrevado. La traducción poética de modelos egresados de las "public schools", encuentra los mismos procedimientos en la Universidad. Aprende así a amar a Homero, a Píndaro, a Eurípides, no los conoce sólo como monstruos que deben vencerse en un día de examen. Son para él poetas, sus poetas. Los lleva a los bordes del Támesis y tal o cual verso del *Alcestes* o de las *Bacantes* se asocia en su espíritu al perfume de una tarde de otoño o de una mañana de primavera, cuando tendido bajo un saucé mira las libélulas danzar sobre el agua. Ahora bien, lejos de volverle pedante, estas amistades poéticas con los griegos, conservan en el joven inglés la frescura de alma. Cada año los estudiantes de Oxford publican en común un florilegio de sus versos. La verdadera belleza se asemeja a una fuente de Juvenia. No sólo no envejece, sino que a aquellos que alguna vez la han amado, les otorga un corazón de niño, siempre pronto a la admiración y al amor.

Oigo también vuestra respuesta. No me la digáis, la he oído cien veces y me ha descorazonado: "Esos son aristócratas". Ah, ¿qué pensáis hacer al educar? Al saber que tenéis también hijos, nos decimos que habríais debido reflexionar más que nadie respecto a los cuidados que debéis darles para que sean mejores.

Amigo mío, mi amigo, Atenas era democrática, el pueblo entero gobernaba. Pues bien, Sócrates, ciudadano de Atenas que quiso que los hijos de su patria llegasen a ser los mejores, ese sabio, una tarde de abril, bebió la cicuta. Pero sesenta años más tarde no había más pueblo: Filipo era amo de Atenas.

A. J. FESTUGIERE.

Traducción de Héctor Ciocchini.

LA LECTURA

Esta formación fundamental nuestra: leer, requiere la atención más esmerada; por la calidad de sus lecturas conocemos las inclinaciones y el valor de una época; por la lectura se une la conciencia a la universalidad de saber y apreciar, de entenderse y abrirse un camino en sí misma; por la lectura oímos y amamos juntamente a los antiguos y a los modernos, penetramos en la indagación secreta de un alma, abarcamos la extensión humana sobreviviente y actual en lo escrito, en lo pintado y esculpido, porque todo arte es escritura; por la lectura se hace nuestra la riqueza incalculable que es una en la diversidad de los idiomas; la amistad de los libros nos ofrece una felicidad y un refugio, nos otorga el placer exquisito de participar en nuestro retiro de la voz de todos los tiempos; empezamos a leer desde niños, y en la niñez, con los primeros textos, podemos casi afirmar que esa lectura nos ha forjado ya en gran parte. Sin impedírnos el desorden ansioso de las primeras lecturas, la escuela nos inicia en una tradición y un método.

La actividad de la lectura escolar está hecha de tentativas de interpretación, de sugerencias y descubrimientos, de relaciones literarias y gramaticales. El niño y el maestro meditan ante la página, investigan su contenido, lo que el autor se propuso decir, penetran en la organización del pensamiento, en el análisis de las ideas, en el orden; confrontan las imágenes con la realidad, los sentimientos con la experiencia interior —el niño empieza a tener cierta experiencia—; comparan con la sensibilidad y el estilo, de paso, la lengua escrita con la lengua hablada, la lengua literaria con la común, la común con la popular o regional. Se pen-

tra en el vocabulario, se define o se muestra, con el conocimiento de las cosas, la significación de las palabras; se las aprecia en el contexto. La enseñanza gramatical tiene en la lectura explicada su base permanente.

La gramática irá descubriendo la estructura sabia del idioma. El niño estará iniciado en la composición literaria. Empecemos, por medio de la lectura, a educar sus sentidos, a hacer que exprese acertadamente sus sensaciones. Una imagen visual evoca, en el texto, el otoño. Detengámonos en la evidencia de la imagen, en los substantivos, en la adjetivación, en el color, en el movimiento, en la frase expresiva o poética, en la extensión y armonía de sus articulaciones, de sus pausas. Un adjetivo sin plasticidad ni color, ilumina la representación de las ramas casi deshojadas, menos densas. ¿El color de las hojas de otoño? Los niños conocen las hojas de otoño rojas, ocres, amarillas; quizá alguno vió reproducciones de pinturas con árboles otoñales. Los nombres de los árboles evocan paisajes y estaciones. Y hay una emoción de tiempo que indudablemente nos penetra. La lectura y la composición van por caminos paralelos. No se confunden, se ilustran mutuamente. El alumno, al interpretar a los autores, empieza a encontrarse en la intimidad de sí mismo. El maestro enseña al niño a desdenar la ostentación ampulosa, los falsos sentimientos, la afirmación engañada. Corrige, más que en el papel, en la mente del alumno la línea mal trazada. Muestra la obra viviente en el estilo, siempre animada y expresiva. En esa obra el niño ahondará el idioma. Pongámosle ante memorables páginas escritas, hagámosle habitar en la mente de quien las escribió. La selección, tan delicada, del libro de lectura, no es únicamente del libro de lectura, es de todos los textos de estudio. Sólo los sabios en la claridad de su materia, logran escribir eficaces libros elementales; libros elementales de segura ciencia donde puedan estudiar al mismo tiempo el ignorante y el erudito. Cierta alarde de falso experimentalismo convirtió la escuela en odioso museo de pájaros disecados; el arte, en la evocación del poeta, hace que el niño los vea vivos, en el campo, en el aire luminoso, en la voz del maestro; que los ame. Alguien creyó conveniente convertir la clase de lectura en repertorio de temas científicos interesadamente tratados. Lean, el niño, las páginas más bellas; el joven, los libros más sabios, los tesoros eternos, en la hora en que despiertan las vocaciones y el alma es dócil y pura.

La lectura sólo interpretada cuidadosamente en la escuela educa y aquilata la capacidad del niño. La escuela necesita una serie progresiva y ordenada de textos. Interesa que se plantee sagazmente el carácter de la lectura en las escuelas y se le dé una finalidad elevada. La enseñanza de la lectura, de la buena lectura, en que se forja el espíritu y se aprende el habla, propenderá a ser de interés creciente. La enseñanza de la literatura y de la lengua es inseparable de la sabia explicación del texto de los autores; del buen comentario comparativo, de la edición esmerada.

No se podrá hablar cabalmente de un texto sin haberlo estudiado. Todo texto encierra dificultades y secretos. La dificultad más grande estriba en llegar a sentirlo, a seguir al autor ilustre en donde estuvo, a incorporarlo como una savia a nuestra sensibilidad, a vibrar con él, a dominar desde sus palabras, la extensión que él domina, a encontrarse uno, al entenderlo superado por uno mismo. Un texto, en su sentido total, no se abarca fácilmente porque está constituido por palabras acentuadas con ritmos, emociones, sentimientos dominantes, estados espirituales que se intuyen y se advierten antes de ser debidamente interpretados. Se intenta el dominio del texto por aproximaciones sucesivas, enriquecidas por la experiencia, sin que se llegue nunca a la definitiva; al leer se ensaya entender, identificarse con la expresión primera; sin el comentario que se inicia con el hecho de leer, la obra educadora no se consigue; este trabajo de la inteligencia, de la investigación en el idioma, en la realidad histórica y en lo íntimo del ser, entrega al estudioso, con la belleza literaria, el saber, el sentimiento, el arte, la multiforme sonoridad que transmiten las obras eselarecidas. El paulatino comentario de un texto, de su intención, de sus relaciones y sus ámbitos constituye la preciada disciplina de acostumar a entender justamente, a leer lo que está escrito y no lo que nosotros creemos; da a la educación su precio al ennoblecer con el hábito adquirido de preguntarse y de indagar para responderse.

En todos los pueblos de nuestra tradición grecolatina existió una verdadera dedicación a la buena lectura escolar. Como advierte el historiador, los poemas homéricos eran los libros escolares por excelencia en la formación del joven griego; los más grandes libros, tesoros los llamaba Sócrates, leídos por los niños, como obras para la clase —de ahí su nombre de clásicos— fueron caudal moral y estético perdurable. El

comentario de los textos es tan antiguo como la tradición del arte; los retóricos latinos hasta Quintiliano, recomiendan constantemente que se ponga en manos de la infancia los mejores autores, los que adaptados a las restricciones que impone la niñez, fueron educadores de las generaciones; no sólo se les estudiaba y desentrañaba su sentido, sino que, para entender mejor el discípulo los secretos del estilo, copiaba y aprendía el texto. La literatura puramente infantil es relativamente nueva; antigua en los cuentos del hogar, como entretenimiento e incentivo de la imaginación, recoge en la Edad Media la mitología céltica y germánica, el apólogo y el cuento oriental, convirtiendo en novelesco cauce la pedagógica fuente de las fábulas de Esopo y desvirtuando en la aventura quimérica, el poder educador de aquellas enseñanzas envueltas en el velo del apólogo. No seré yo quien niegue la fascinación de esta mitología que seduce con el prestigio de los cuentos de hadas, que crea el paisaje donde vagan los personajes míticos, niños, animales razonantes; que poetiza con el verso las fábulas y adquiere nueva vida en el siglo diecinueve con los bellísimos cuentos de tanto imaginativo artífice; lo que es bello es siempre instructivo. Pero el acercamiento a la difícil belleza verdadera tiene muchas formas, y en la selección de lecturas infantiles tendremos presente, no sólo la ficción, sino también el estímulo que educa la razón y despierta la inteligencia. Nadie olvida algunas obras encantadoras de los tiempos modernos que son la delicia de los niños, podríamos enumerar buenos libros de esta especie, para que resalten al lado de una literatura infantil menos lograda, objeto de entretenimiento inmediato, que no ha nacido de la inspiración popular ni de la creación artística, que invade, no solamente el hogar, sino también las aulas, y forma bibliotecas de circunstanciales libros de lectura inocuos o falsos y aun corruptores que interceptan la comunicación del niño con los ineludibles maestros, con las fuentes educadoras de la conciencia, con los modelos que despiertan nobles designios, sentimientos perdurables.

Leer es pensar, descubrir el pensamiento ajeno, estudiarlo, no engañarse y creer entenderlo antes de tiempo o dejarse arrastrar por interpretaciones inciertas. Esto no quiere decir que no ceda al ritmo y a la belleza de las palabras, a la sugestión de una magia oscura en que el poeta y el místico se expresan y a veces apenas se entienden, que no se entre

gue en gozo irreflexivo a la intuición repentina. Para este gozo que el lector, ya sabio, experimenta, puede ser innecesaria la nota, el misterio de lo casi no entendido nos habla con el encanto mayor de una iluminación incomprensible. Enseñar a leer bien es hacer penetrar en el sentido exacto del texto; que no deje sin entender, dentro de nuestro alcance, ni un pensamiento, ni una palabra, ni una imagen. Que el niño sienta el amor a la lectura y a los libros, a medida que esos libros labren su atento juicio, si ha llegado, en parte, a lo esencial de la realidad que encierran, porque ha tratado de entenderlos en lo limitado de su inteligencia; porque ha visto la posibilidad de apoderarse con el análisis de sus tesoros en el transcurso de la vida. No es necesario leer mucho, se dice, es necesario leer bien y ser crítico de lo que se lee. En los textos escolares la página ligera alternará con la más densa, con la que sea una gimnasia progresiva, con la que despierte el deleite del idioma en pasajes ilustres. No acostumbremos ociosamente al niño a que siempre lea lo fácil, narrativo y agradable; vaya familiarizándose con la lectura que parece pesada y difícil, pero que, una vez estudiada, recompensa el trabajo, porque nos ha enseñado en la fecundidad de la palabra.

Las lecturas de la infancia influyen para siempre; despiertan las vocaciones, perseveran en el mundo interior. En los primeros recuerdos se une a la evocación del hogar y del paisaje la de las páginas que nos mostraron un amplio testimonio de la creación del arte y contribuyeron a la leal observación de nuestro ser contradictorio. Hay en el niño una intuición que le lleva a descubrir lo verdadero y lo bello; alimentar su curiosidad ávida con malas o medianas lecturas es disipar su criterio y arrojarle desamparado en la apetencia de las opiniones absorbentes. Si quisiéramos que el niño se iniciara en la escultura, en la pintura, en la música, no le llevaríamos a contemplar las malas estatuas, los pésimos cuadros o a oír lo que no fuera hermoso. Los modelos literarios hablarán a la sensibilidad, tendrán un valor estético y moral, cultivarán la imaginación y la inteligencia. En nuestro sistema de educación, la indispensable frecuentación de la obra literaria quedó casi enteramente olvidada; y si la escuela no deja un vestigio inextinguible de sano juicio, para que pueda engendrar después el amor al equilibrio, a la sencillez, al buen sentido, será difícil que lo adquiera cuando sus facultades estén formadas.

Sin vacilar, afirmo que nuestro idioma es el castellano, castellano acrecentado con un caudal de americanismos, y empobrecido, en el habla común, por falta de estudio y de lectura de los escritores españoles. Pertenecemos a la gran patria del idioma; la enseñanza y especialmente la primaria, tiende a devolverle, dentro de la evolución histórica, su propiedad y su pureza. Nada más provechoso que consideremos nuestros a los autores españoles, especialmente a los que son el patrimonio común de la lengua. No sé por qué casi todos los libros de lectura de estos años olvidaron que los autores castellanos del siglo de oro y los mejores por la índole ilustre, son modelos indispensables para indagar el idioma y que reúnen méritos de madurez literaria que no podemos menospreciar si no es por recelo o ignorancia. Estudie el niño, estudie constantemente esos prosistas y poetas clásicos y modernos. Nada más antipatriótico que la exaltación del falso nacionalismo literario que excluye de la enseñanza la herencia secular de la sabiduría.

No nos detendremos en quienes opinan que nuestro futuro idioma no será el heredado sino otra lengua que nacerá, como las lenguas romances del latín, de la corrupción del castellano. Se hacen que ignoran, la móvil palabra hablada, las aportaciones locales que a la vez enriquecen las lenguas literarias. El castellano, idioma viviente, seguirá recibiendo en su léxico el nombre de cosas, usos, costumbres, aportaciones y los provincialismos españoles, que abundan entre nosotros más de lo que se creía. Y por sobre las variaciones locales, pintorescas y expresivas, el castellano literario será nuestro idioma. La incertidumbre de su eficacia expresiva está vencida felizmente por la alteza misma de la finalidad deseada. Fuera de graves descuidos nuestros, que debemos corregir, el moderno idioma nos es común con la integridad del habla. No se insistirá en que el castellano que se escribe en la península, salvo el individual estilo de escritores excepcionales, sea distinto del nuestro. Allá, como aquí, se tiende a disponer de la universalidad del idioma. Mientras se trabaje generosamente, con el ahinco de encontrar la expresión de imágenes e ideas que admiren al ser leídas, no temeremos la desaparición del castellano en América. Son los escritores que ahondaron en el arte, no falsamente puristas ni rancios, ni anticastizos, los que devolverán a nuestra lengua su esplendor antiguo, hermoseándola con amplitud moderna. La explicación sabia de unas palabras: "descan-

sada vida", "el aire se serena", ya ofrece el igual pensar no tocado por el cambio en su filosofía poética perenne. La historia literaria y la crítica arrojarán nueva luz sobre los viejos textos. En los estantes convidan a la lectura preciosas ediciones de clásicos universales; nunca el estudioso de la lengua tuvo a su alcance tanta ayuda de intérpretes.

Si las naciones europeas enriquecieron una participación hereditaria, lo deben a la amplitud de su genealogía mental. Las traducciones de prosistas y poetas antiguos y modernos también debieran enriquecer los libros de lectura; así el niño sentirá despertarse su amor por los modelos inmortales; la belleza espiritual de todos es patrimonio del hombre; formemos la energía capaz de recoger el pensamiento humano y no la limitemos en el espacio ni en el tiempo. Lo que dignifica en la elevación moral se adquiere con la familiaridad de lo más noble.

Un cuidadoso manual de lectura para los últimos años de la escuela llevará una reseña biográfica de los autores; indicará a qué siglo y país pertenecen; señalará, también, la edición de la obra de donde se ha extractado el capítulo o poema. Estas indicaciones demuestran que el colector se preocupa en buscar los mejores textos, que tiene conocimientos literarios y bibliográficos y trata de familiarizar a los niños siquiera con el incentivo del título de obras que no pueden quedar sin ser leídas.

Mencioné la selección, los modelos, porque creo que fuera de los libros elementales, y salvo excepciones, en ninguna obra de lectura escolar debiera prevalecer una tendencia; y, dentro de la variedad de los autores, podrían elegirse de distintas épocas. Las obras que han resistido el tiempo serán modelos más perfectos y eficaces de estudio. Porque los libros para niños, para repetir las palabras del poeta, serán flor de flores, *fior da fiore*; estarán formados por elementos preciosos. La explicación del texto con la ayuda de notas es la llave que muestra las escondidas joyas del tesoro literario para que mejor las gusten y estudien. El libro anotado nos instruye con la sagacidad de quien lo interpreta; sólo con el conocimiento y la experiencia se preferirá la página limpia, libre de explicaciones y escolios, tal como el autor la ha escrito.

Enriquece el vocabulario de la lectura el conocimiento de las cosas; los ejercicios de vocabulario, el empleo de las palabras y frases en oraciones y en temas de composición,

facilitan el conocimiento del léxico y del idioma; en estos ejercicios observamos la sinonimia. ¿Qué significa **deber** y qué obligación? ¿Es lo mismo útil que necesario; internacional que cosmopolita? ¿Cuándo o por qué emplearemos casa, cuándo mansión o domicilio? Una antigua y poco seguida tradición latina que no podremos desechar del todo aun ahora, y que llega a su apogeo en el siglo dieciséis, unía por elegancia retórica los sinónimos, cuando creía conveniente, para reforzarlos, y se decía "deber y obligación", "útil y necesario". No dudo que será provechoso que los libros de lectura apunten la etimología de los vocablos, mayormente cuando esta etimología contribuye a fijar su significación. Ningún diccionario de la lengua debe carecer de la etimología del léxico. Acostumbremos a encontrar la palabra precisa. No se trata ya del estudio abstracto y erudito de la sinonimia, sino del justo empleo de las palabras a las que es necesario consultar muchas veces en su origen y en su historia para fijarlas y entenderlas; el conocimiento del vocabulario en la ciencia y en la filosofía es fundamental: si este estudio nos ofrece muy arduo trabajo, no olvidemos que sólo por la dificultad vencida nos formamos y superamos. Las clases de lectura y de estricto comentario, exigen la consulta del diccionario, indispensable mentor en el aula. Familiaricemos al alumno con el vocabulario de los buenos escritores. Los estudios gramaticales en la escuela primaria pueden ser introducción y complemento del estudio de la lectura explicada y comentada: artículos, substantivos, adjetivos, verbos, todas las partes de la oración entran en el juego de comentarios y ejercicios, en una adecuada forma teórica y práctica. El autor de libros de lectura facilitará la tarea con sobrios ejercicios; sin estos ejercicios el libro carecerá de valor. Ordenar o escribir textos de lectura no es tarea para que se improvise; labor refinada, supone no sólo conocimientos pedagógicos sino también literarios y gramaticales.

Para que la enseñanza de la lectura y de la composición sea más eficaz, propongámonos dar mayor amplitud a los estudios literarios, de lengua latina y filológicos, en las escuelas para maestros; propender al análisis del contenido de los textos, al examen del lenguaje animado, viviente, en sus diversas expresiones; al desentrañamiento de circunstancias de todo género que sugiere la obra escrita. Se requiere que poseamos manuales de lectura explicada; que toda lectura

sea explicada. Los métodos de explicación, aun en las formas más elementales, requieren investigadores de fina intuición y de amplia inteligencia, pues no hay actividad que no esté en las letras. La lectura explicada creará una conciencia lúcida en los maestros y los niños; los pondrá en presencia de la creación artística. La interpretación requiere labor minuciosa y continua, estudios delicados que nos llevarán al secreto de la técnica, al conocimiento de la historia de las formas del arte y nos darán la sagacidad que nace del saber por experiencia. Los alumnos que leen y se preguntan traen una colaboración importante. Un profesor eminente se declara deudor, en una amplia medida, de los que fueron sus discípulos; una advertencia sugerida en una explicación de textos, una observación de detalle que podría parecer de escasa importancia, fueron para mí, escribe, el origen de reflexiones a menudo fecundas. Ni el anotador de una obra, ni la tradición continua de intérpretes, llegan a agotar su sentido; una pregunta sugiere un problema, lleva a veces a un descubrimiento, con tal que se insista en la primera intención esencial de la lectura, entender la página que se lee. Así la ciencia de la lectura se aprenderá lenta y laboriosamente.

Empecemos. La nota que aclara el sentido de una palabra; una tentativa de penetración en un texto obscuro, una observación inteligente, ya son un paso. Los pasos sucesivos harán tentar trabajos más complejos. La investigación exige una aplicación asidua y el manejo, por el maestro, de una indispensable bibliografía.

Advirtamos el sentimiento de la naturaleza en los diferentes escritores y relacionemos este sentimiento con la época a que el autor pertenece. La sensibilidad no está en la misma parte en todos los tiempos; la naturaleza siempre fué admirada, pero no en idéntica forma. Un poeta o prosista del siglo diecinueve se complacerá en describir el paisaje por su belleza misma; un autor del siglo diecisiete o dieciocho no lo contemplará en igual dirección y detenimiento. La sensibilidad delicada que hace admirar la creación, se ha difundido renovada. El lector compartirá con el poeta este recogido acercamiento a las cosas. No sólo el sentimiento de la naturaleza preocupa al maestro; en el alma del niño hallan acogida los sentimientos nobles, todas las formas del altruismo. Detengámonos un instante en la patria, sin que ocurra confundir el texto de lectura con el de historia. Sólo

las páginas de los buenos historiadores pasarán a esta clase de libros, ya que un texto de lectura tiene como fin el perfeccionamiento literario de la niñez, el conocimiento del idioma en la selección de excelentes modelos. Encontraremos trozos que pinten nuestros paisajes, que los muestren en el respeto a su belleza, que evoquen nuestra vida heroica, civil, científica, y descubran el sacrificio, la abnegación de nuestros grandes hombres. Estos próceres pueden ser estudiados como caracteres; el modelo servirá para los ejercicios de composición. No olvidaremos que la virtud más eficiente está en la jerarquía de la obra construída; que una acción vale por el móvil que la inspira.

Un libro de lectura no será complemento de la vulgarización de las ciencias; su propósito primordial es enseñar a leer bien y a ilustrar lo que se lee. Esto no quiere decir que no se haga meditar al alumno acerca del alcance científico, moral, de las páginas. La lectura de los sabios será indispensable en la formación inspirada y respetuosa de la inteligencia; los sabios están entre los grandes escritores; el poeta verdadero también es sabio. Mucha sensibilidad requiere un libro de enseñanza gramatical, del estudio del idioma en los textos. Una narración, una descripción, un diálogo, obedecen a un plan, a una impresión fundamental. Incitemos eficazmente al niño a descubrir esa idea secreta; a seguir su desarrollo y ver cómo llegó el autor a expresarla. ¿Cuál es la originalidad del capítulo? ¿Qué es lo que quiso decir el autor? ¿Cómo lo dice? ¿Cómo ordenó las partes de su trabajo? Imaginemos el combate de don Quijote con los molinos de viento. ¿Cuáles son los personajes principales de esta narración? El diálogo del caballero y el escudero servirá para que el niño precise los caracteres. El análisis sintético del carácter de los héroes de un relato es indispensable. ¿Cómo ve el acaecimiento don Quijote? ¿Por qué lo ve así? ¿Cómo lo ve Sancho? ¿A qué se debe, ya que en su imaginación está contemplando don Quijote los molinos, como si fueran gigantes, que no le arredre la batalla con tan desaforados monstruos? ¿Por qué los combate? ¿Con qué clase de armas pelea? ¿A quiénes pertenecieron? ¿Cómo eran estos molinos de viento? ¿Qué nueva significación les ha dado la posteridad al convertirlos en símbolos?

La función esencial está en crear el orden en el caos. No podrán alcanzarlo los que tienen la superstición del na-

tural talento. Halle la raíz de la dificultad el maestro, compare, haga descubrir la doctrina, el error, la errata, la falta, la tenaz vulgaridad del trozo; claro está, si no fué debidamente escogido. En una descripción podemos confrontar las imágenes con el paisaje, con la pintura; en la narración y en el diálogo colocar al niño como personaje o interlocutor, hacer que piense cómo hubiera de conducirse al hallarse en esas mismas situaciones; aguzaremos así su facultad de reflexionar y de observar. La lectura, en éste como en otros casos, será un incentivo de la composición. El alumno aprenderá a observar directamente y a ver cómo los mejores autores observaron la realidad, cómo la han pintado, cómo la han sentido; empezará a distinguir una imagen visual de una imagen auditiva; encontrará las palabras indispensables que den la noción inmediata o escondida de las cosas; descubrirá las afinidades de los hombres de diversas regiones y tiempos, una inspiración común en todas las artes.

Sabios, los antiguos atenienses cuidaban de que ningún niño pronunciase imperfectamente. Leer y pronunciar bien es signo de distinción y de inteligencia. En América se advierte la pronunciación descuidada de los primeros pobladores; sería injusto dejar de reconocer el esfuerzo de la escuela que ha depurado, en estos últimos años, la pronunciación, especialmente en provincias. Los estudios de fonética podrían uniformar y mejorar la pronunciación común, si se les prestara mayor atención en las escuelas. Excelentes maestros dieron reglas para la lectura artística, reglas que pueden compendiarse con la palabra naturalidad. El dejarse llevar al leer por una sonoridad elocuente no es un defecto cuando el autor nos arrastra, pero constituye el peligro de convertirse en hábito, como quien se acostumbra a declamar con entusiasmo falso; el leer siempre con voz abultada no compensa el silencio en que la atención reconcentrada entiende. Consideramos leer artísticamente el coronamiento de leer bien, de penetrar en el sentido del texto. Una repetida lectura meditativa e inquisitiva es el primer paso hacia una buena explicación; se puede decir que un texto laboriosamente leído está ya casi comentado. Es necesario para ciertos autores hacer resaltar el valor de la puntuación, con su historia y sus intenciones, para la justa interpretación de lo que se lee.

Huyamos de una enfática literatura escolar. El falso lugar repetido adquiere, en algunos libros, persistencia desalentadora;

exaltamos los designios más aparentes y, en lugar de hacerles amar las cosas simples, desvirtuamos su mérito; la descripción se transforma en elogio; el elogio en hipérbole; la afectación aleja la exactitud y la lógica. Volvamos a la sencillez, a la claridad. Lea y relea el niño, relea y comente el maestro, la página decantada por el tiempo; enséñenles la sencillez y la claridad a ser sutiles y penetrantes. La actualidad no es siempre útil para la escuela; demos al alumno la línea depurada por los años; que encuentre, al leer, la emoción de lo que perdura; el vínculo que liga a los hombres en el transcurso del tiempo; sienta la veneración por los maestros; aprenda el arte difícil de apreciar; no caiga en la negación continua; donde no prevalece la perspicacia crítica que medita, mide y pesa, existirá un estéril remedo de la moda cambiante, no verdadera penetración en el hallazgo del arte seguro.

La lectura de los poetas es la primera iniciación estética de la niñez. No privemos a los niños de los bellos poemas. La poesía, el ritmo melódico, afinan la reflexión y la embellecen. El niño puede leer los más hermosos versos; si no los entiende del todo, si no los siente en su hondura, los conservará en la memoria, irá descubriendo su sentido con el tiempo. Las palabras de los poetas quedan en su lenguaje absoluto, nos van hablando. Creemos el ámbito de cada poesía; hagamos resaltar el sentimiento dominante, las imágenes, el ritmo. Los niños, menos sentimentales que nosotros y quizá más observadores, prefieren sus poetas predilectos, los fabulistas. La lengua castellana no tuvo la dicha de poseer en su madurez un sabio poeta de este género penetrado de ingenuidad, de cautivante ironía, de dulzura y riqueza comunicativa; Samaniego, afortunado traductor e imitador de fabulistas franceses e ingleses, no está del todo desamparado de la gracia; su verso, onomatopéyico, ligero, variable, expresa el movimiento con facilidad, da la impresión de la realidad casi fotográficamente. Si Iriarte parece menos poeta, es fino e ingenioso. Sus fábulas, quizá demasiado didácticas, traen una enseñanza preceptiva inolvidable; como dice Quintana "la pureza y propiedad de su diálogo interesan y agradan"; leerle es un ejercicio de arte menor, un acicate en la variedad de metros. ¿Quién no recuerda sus versos aprendidos en la escuela: "Esta fabulilla, —Salga bien o mal...", y tantos otros? Los niños podrían repetir, con el poeta, una de sus fábulas a los que les dan malos libros,

libros que abundan en niñerías por ser para la escuela primaria, el reproche del humilde jumento a quien el injusto dueño alimentaba con paja y le decía: "Toma, pues que con esto estás contento", hasta que enfadado el asno le replicó "Dame grano y verás si me lo como".

Falta irremediable sería no acercarse desde niño a la obra de los grandes creadores. Por difíciles rutas del trabajo que quiere ser puro, por un camino de superación interior, tratamos de hacer posible el encuentro en el fervor inenarrable de la poesía. Si no lo conseguimos no dejamos de reverenciar en los demás esta participación, por medio de las letras, del orden del universo visible y de su otra realidad invisible. La sincera experiencia intelectual, va abriendo vías, renovando nuestro ser, haciéndonos ver, en la continua labor misterios insospechados; crea un estado de gracia. Nadie puede sorprender el acto misterioso de la creación, la crítica se esfuerza por tratar de explicarlo, de analizar sus elementos y mostrarlos en su complejidad viviente dentro de una época inspiradora; en una época del tiempo vario se elabora la obra individual. Intuición casi milagrosa necesita quien quiere salvarse de un período infructuoso. Por eso la escuela pone al niño frente a las obras de los siglos de arte más depurado y le enseña a entenderlas. El largo estudio de nuestro patrimonio intelectual impele a superar la insuficiencia de su tiempo.

No se puede gustar de la hermosura del alma y del mundo, sin esta amorosa perspicacia que todo alcanza. El orgullo y la impaciencia, no escuchan; no ponen el oído en las voces de la insobornable pregunta o de la estrofa; no las descifran donde están en su vida; las apartan de su lugar, les quitan el ser, si alguna vez las miran. En la obra literaria hay secretos substanciales, en parte traídos por la conciencia y en parte creados por sí mismos por la afinidad y el dinamismo de imágenes e ideas; imponderables partículas se precipitan, se organizan, en la síntesis creadora; la riqueza espiritual les ofrece la posibilidad de brotar desde las inagotables reservas humanas. Esperan el toque de los días claros en las oscuras profundidades. El ardor de belleza, acrecienta este deseo que asciende de nosotros, ansioso de llegar a los espacios de gozosas claridades. Duro camino el del comienzo, entre tinieblas, con caídas, extravíos y hallazgos. Lo recorrió un poeta, un sabio, para traernos en la

palabra escrita un testimonio que al vibrar en el alma la enciende.

La influencia de las letras en su eficacia civilizadora, como el tañido de una cuerda órfica, nos llama en nosotros mismos, lleva en cada sílaba el misterio de la espiritualidad de su origen; su afinidad con la poesía, insigne. Se eleva con el estudio hacia la idea de sí misma, a construirse en su calidad de arquitectura que ha de realizarse laboriosamente intuída. La poesía que todo lo abarca y encierra, nos dió también la noble concepción de patria; ya dijo el errante Odiseo: "yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria". Con nuestra secular herencia recibimos el estímulo que ha de unirnos para trabajar por la perfección intelectual y, por tanto, moral del joven. Ese gran amor lima las pasiones y pone en este centelleo de aptitudes heredadas la suma de las conquistas universales del trabajo de generaciones de una síntesis renovada. Vendrá el día en que de nuevo en nuestras escuelas, revuelen en enjambre armonioso los hexámetros junto a los versos de nuestros poetas. ¿Quién creará que pueda darse por no actual lo que está en las columnas áticas? ¿Quién se atreve a negar lo divino? Nuestra obra es de continuidad; todo estudio tiene vitalidad transformativa. Que en este hallarnos a nosotros, en que se funda la paz interior, podamos conciliar el ritmo del trabajo común en la obra entrañable.

Mientras la apreciación de la calidad de los libros esté en manos indiferentes que no se dedicaron al estudio de la excelencia literaria y, por tanto, del pensamiento, no contribuiremos, en nuestra esfera, a la formación de la conciencia pública, a la educación de las aptitudes.

¿Qué leerá la masa inmensa si la escuela primaria no ilustró su entendimiento? ¿Qué amará y admirará si no le ha inspirado amor y admiración? La lectura de lo irracional, de lo despectivamente escrito, es veneno quizá engañosamente agradable en el labio del alumno. De ahí las generaciones acostumbradas a hablar y a escribir sin responsabilidad ante sí mismas. El maestro hace visible el contenido de una página, lo desarticula y lo analiza, muestra la solidez de cada una de sus partes, la verdad o la falsedad de una afirmación discutible, enseña a dialogar, a discernir, a escribir; descubre al niño lo deleznable de la improvisación, el poder de la atención, de la observación; le hace respetar lo

que es hermoso. Está integrando la realidad universal del hombre.

Enriquezcamos con lo mejor de la consagrada herencia las bibliotecas escolares. Acostumbrémoslos a consultar asiduamente los trabajos de investigación, tendientes a la explicación de textos, que se publican en revistas filológicas. Formemos una curiosidad llena de interés y de simpatía por estos estudios, tan nobles. No olvidemos que sin letras clásicas ninguna educación se perfecciona. Dediquemos un religioso cuidado a las letras antiguas, sin desdeñar el rico contenido de las literaturas modernas. Iniciemos al niño con el amor en el estudio de la creación artística que es esencial decoro de un país integrado. Las intenciones, el frenesí de impacientes métodos, se olvidan, pasan. La obra pura queda para ser estudiada, la obra mantiene el constante ejemplo. El trabajo empezado nos llama a continuarlo, da a nuestra vida un sentido moral que no se alcanza con proyectos que no se cumplen o con ambiciones de goce inmediato. Pongamos la suprema ambición en el minucioso trabajo perseverante. Engrosemos la legión de los que manejan instrumentos de precisión imponderable, de los que sienten la vibración ética y estética, y dan a la época en que viven su irradiación permanente.

Sorprenden gratamente, a quien llega a un lugar, la amistad de quien lee por agrado, por necesidad de penetrar en la página bella; encuentra el gozo de participar continuamente del saber y del arte. Bibliotecas minúsculas, a veces grandes y suntuosas, atesoran en la aldea o en la ciudad tradicional, su parte del acervo de las letras. Imprescindible labor es la de crear y sostener estas casas abiertas a quien quiera instruirse y a formarse en contacto con la ciencia y el arte; al ofrecer al joven la posibilidad de encontrar el guía que lo conduzca y le descubra su propia vocación y hacerle participar activamente de la obra del escritor y del sabio.

Dijimos bibliotecas minúsculas, bibliotecas que empiezan y atraen con el amor de indispensables volúmenes, al estudiante, al lector curioso, que van, de página en página, descubriendo que el límite se dilata, y en el silencio de la noche de provincia quizá se detienen a meditar una línea de insigne filósofo o ven animarse una imagen homérica. Los libros fundadores de estas bibliotecas serán cimientos de la arqui-

tectura prefigurada que abarque las regiones esenciales que integran la experiencia humana.

La biblioteca no puede desentenderse de la calidad de su material de lectura y de las personas a quienes lo ofrece, es decir, del libro y del lector. Aspirará a tener excelentes libros, sin olvidar nunca los mejores antiguos, a formar lectores perfectos. Cuando allegue un conjunto de lectores que penetre en el contenido de las obras, y se enriquezca más íntimamente con la materia viva arrancada de cada palabra, de cada idea, habrá pasado del estado preparatorio e informe al estado de orden y de jerarquía, convertida en laboratorio, en aula donde enseñan y deleitan eficaces propulsores intelectuales. No importa que el ciclo que acabo de esbozar no se cumpla cabalmente. Es necesario proponer un fin difícil de alcanzar para ir valorando las tentativas, los pasos que tienden al objeto alejado, el deseo de acercamiento, y crear la certidumbre de que el mezquino espacio que parece circunscribir se extiende a medida que al instruirnos nos fortalecemos; que la instrucción adquirida en la observación y la lectura es estímulo moral que nos transforma y nos lleva a intuir desinteresadas y definitivas nociones.

El libro comprende no sólo esa variable cantidad de pliegos encuadernados, de papel impreso, que abunda; es tesoro acrisolado en caudal sin merma o instrumento de trabajo. Aun las obras elementales y de entretenimiento, si son meditadas, traen su partícula áurea, encienden un destello estético, iluminan una zona de la fantasía adonde volver nos es grato.

El amor a los libros, a los buenos libros, obliga a releerlos. La lectura, esa sucesiva penetración inteligente en el texto y el intento, en el asunto y en la elaboración de la obra, nos hace extraer con provecho la mayor parte posible del material acumulado en sus páginas. La verdadera lectura, impregnada de sentido crítico, ejercita en continua interpretación y relectura. El lector común lee y no estudia, lee casi en vano, sin selección ni discernimiento; pasa por el libro sin haber meditado, sin resolver, para entenderlo, las dificultades del texto. Tratan los maestros y eruditos de formar lectores concienzudos que, según el consejo antiguo, lean y releen. Despiertan el amor al libro, al generoso libro, y de ser posible, al ejemplar bien impreso. Nada parece tan precioso como la irreprochable impresión de los libros. Es fruto de la sabiduría del Renacimiento que aún en pueblos

casi oscuros se hayan impreso admirables obras. Con infatigable sapiencia propia el humanista era también tipógrafo dedicado con paciente esmero al trabajo de imprimir el texto difícil con la irrenunciable depuración del entendimiento.

En la continuidad del saber adquirido y en la realidad permanente, el estudio, cada vez más intenso, de la obra de arte y de pensamiento, la amplitud investigadora, nos llevan a una convicción definitiva de la nobleza educadora de las letras. Se dijo que una acción que nos embellece interiormente, un triunfo moral logrado en nosotros, mejoran nuestro estilo. La palabra llena de significación, el prestigio que convence en la frase, el tono, el ritmo, nacen de un estado de sensibilidad, de compenetración con el tema, de amorosa sabiduría. La sinceridad, tan difícil de alcanzar, según como se la entienda, no brota, en impulso espontáneo, de incontenidas pasiones; viene del propio conocimiento, del análisis, de la cabal certidumbre; es resultante de imprecisa labor, de sucesivos acercamientos, de la responsabilidad ante nuestra conciencia, de la riqueza de indagación exigente, de la inteligencia que al descubrir valora.

El sagaz y atento ve en los autores lo que no advierte quien no se esfuerza por penetrar en el sentido histórico y actual del idioma de los textos. El desmedro de la capacidad de leer, de apreciar la calidad y el arte, el odio a la obligación de mantenerse en disciplinas que exigen, para ser adquiridas, indagación constante, hacen nacer la superstición formal o el desdén a la lengua que recoge el pensamiento. Por eso algunos la quieren como si fuera, lo que nunca fué, ídolo inmutable, y otros como instrumento fácil del hablar inmediato.

La transformación natural, el acrecentamiento artístico e intelectual de un idioma están en función del incesante modo de sensibilidad, de preferencias, de corrientes literarias, de concepciones científicas, filosóficas, del amor a la novedad, y, sobre todo, de la estimación de los supremos valores. Hay un noble idioma literario, herencia la más cuantiosa, y un idioma familiar y vulgar. El idioma varía de una extensión a otra, de una aldea a otra aldea; presenta dentro del regionalismo el mapa pintoresco. Una novela popular andaluza no tendrá el mismo léxico de una novela popular mejicana. Existen multitud de variaciones de léxico, dentro de un idioma en cualquier lugar geográfico. Dos personas pueden crearse un vocabulario para su uso.

La literatura española del siglo de oro participa en algunas formas de la riqueza del habla común y popular. En la obra literaria la más fina, se ve el deleite con que el escritor se entrega a esta veta de viviente ingenio. Hay escritores, no vulgares, altísimos por la frescura y el ritmo, que aprovechan la vegetación del habla popular y regional en el teatro y en la novela. Lo popular adquiere diversos grados según el arraigo de la delicadeza expresiva en el pueblo. Nadie confundirá el delicioso sabor de bellas obras regionales con su imitación rastrera. La auténtica poesía popular pertenece a la madurez de un arte musical y refinado. Lo vulgar, lo plebeyo, interesan al filósofo y al humanista, son materia de estudio. En el lenguaje se mide el estado de sensibilidad y de inteligencia del individuo o de un medio social. En el mapa de un idioma, el campo de la expresión es variadísimo. Quizá ahora menos que antes. Hoy la ciudad invade el campo y quizá llegue a secar el lozano brote del lenguaje que vive en contacto con el trabajo de la tierra y los oficios. Las máquinas, la creciente penetración niveladora, transformarán el léxico de agricultores y caminantes. El idioma es fuerza viviente, no en sí propio, sino en la inteligencia de quien habla. El pueblo lo enriquece en la medida de su capacidad; le infunde su vigor pintoresco y le comunica sus fluctuaciones. La obra de grandes escritores sabios en su arte lo eleva al plano de las concepciones universales, desde la palabra henchida de significación donde se abre paso la expresión de nuestra persona adquiere, en la proporción de los valores, otra eficacia expresiva. Estos planos se confunden frecuentemente. El idioma en esas dos fases estará perturbado por la indiferencia. Corresponde a la escuela y al sentido de la expresión descubridora devolverle el ritmo vital excelente. El riesgo del castellano en América está en empobrecerse, en vulgarizarse en el estancamiento enemigo de la dificultad, en convertirse en poco apto para la expresión pensada. No se admite que exista una rigurosa capacidad intelectual con un idioma mezquino. Este admirable instrumento que es la lengua literaria, laboriosamente enaltecida por insignes artífices, nos obliga a conocerla en los mejores períodos de su historia, a amarla y aceptarla en calidad de precioso patrimonio. La dignidad de la creación artística, nunca ajena al humanismo y a la grandeza interior de los que hallaron y se sobrepasaron, nos llama a no admitir confusiones que nacen de la falta de eficiencia intelectual, y

a encarar resueltamente la enseñanza del idioma literario, que compartimos con el anhelo de entendernos en una influencia activa. Así se entrará en la familiaridad de los estilos, en distintas épocas de la creación literaria, del material expresivo. Como no es posible, y es a veces innecesario, que los alumnos lean y analicen libros íntegros bajo la dirección del profesor, la eficacia del buen iniciador es insustituible, se utilizarán explicaciones excelentes. Es más provechoso un curso de literatura fundado en el estudio de textos de una antología que ponen al alumno ante la singularidad cambiante de la expresión, en los diversos siglos, y le enseñan más en la ciencia de la lectura, que el conocimiento trivial y argumentos de obras, de cuadros sinópticos, de esquemas muertos y de la hablilla anecdótica de los autores. Lo que se necesita es la apreciación de los autores, la explicación por medio del conocimiento de la vida, de cómo han vivido, concebido y creado la obra literaria. Se otorgará primordial importancia a los escritores de calidad comprobada. El ideal de esta enseñanza está en familiarizar al alumno con los modelos de lengua y no con la cronología y la anécdota. Es la única forma para que lleguemos a conocer inteligentemente un proceso creador. El relato de argumentos de obras, carece de valor si no es para tentar el estudio comparativo de temas y de asuntos. Los modelos serán relacionados según el material literario que se utilizará en el año. La extensión se alcanza con el tiempo, en la hora de descubrimiento, de análisis, de iniciación estética; lo importante es la calidad de los escritos.

La fiel interpretación de los textos lleva a conocer la historia comparada de los temas, la preferencia en elaboraciones del asunto, el plan en sus aspectos comparativos, las corrientes de ideas, la originalidad, las fuentes y reminiscencias, los sentimientos, los caracteres, la representación de las cosas, las imágenes descriptas, el orden negativo, las metáforas, símbolos y figuras; la significación y valor de las palabras, de las palabras vivas en quien las emplea; la riqueza y novedad de vocabulario, el valor expresivo de las partes de la oración, del sustantivo, de la adjetivación, en diversas épocas; el uso de los tiempos del verbo, los neologismos, la introducción de voces, si las hubo, en el cultismo, por ejemplo, la selección, la propiedad, el valor ornamental de las palabras, los galicismos y el porqué de su uso, los americanismos, la narración, la descripción, el diálogo, la forma positiva; las frases, la evolución de la frase y del período

en nuestra lengua; la frase artística; la construcción regular o figurada, la armonía y movimiento de la prosa, los ritmos, la intensidad, el tono, la sobriedad, la extensión del período; la prosa de clásicos castellanos y de autores modernos; la claridad, la obscuridad premeditada; el preciosismo.

La sabiduría lleva a la unidad; y la obra literaria se explica por sus relaciones con la pintura, con la arquitectura, con ideas filosóficas y científicas, como una faz de la creación del pensamiento activo. El estudio de la obra literaria es inseparable del conjunto del arte. Unas líneas de un escritor insigne, como un rasgo de pintura, traen la resonancia del tiempo en que fueron escritas, transmiten esa resonancia a las generaciones y le otorgan el privilegio de la inmortalidad. Enseñemos a descubrir la flor de la inteligencia en esa labor minuciosa y admirable, que se acrisola y se vuelve maestra de sí misma, meditación que purifica la turbada conciencia. Cuando el joven estudia y traduce escritores y poetas antiguos, que fueron hombres ilustres, está en presencia de quienes alcanzaron lo perfecto, creadores de un ámbito de humanidad luminosa, de artistas que trabajaron el pensamiento hasta llevarlo a la expresión acabada, de maestros que enseñan normas de vida, no ajenas a la realidad trascendente, e inducen a obrar con lo mejor de nuestro ser. La palabra y la acción insignes, sólo nacen de personas insignes. Los libros son forjadores de almas. La literatura de entretenimiento si carece de arte es algo exterior, simple e irreal juego de la fantasía vagabunda. Millares de libros repugnan a la razón responsable, carecen de aliciente educador y estético, casi no merecen ser leídos, nada esencial agregan. No mejoraron, haciéndoles descubrir un camino, a sus autores. La obra literaria, la más breve, nace de una experiencia interior, de una elaboración vital y sabia. Se escribe como se puede y se sabe. La obra difícil de ser alcanzada, empresa heroica, transforma a quien la concibe y la crea, fiesta del espíritu, superación vencida, y angustia, en su metafísica, ante el descubrimiento que, para expresarme con el místico, no «basta ciencia humana para saberlo entender ni experiencia para saberlo decir». La sabia crítica contemporánea, la de los investigadores de la poesía pura, se acercó al misterio de la creación poética, hallazgo feliz de la intuición y del instante, desentrañado por los grandes líricos. No es el estudio sólo de los tesoros literarios, educación filológica, atenta a la gramática, al conocimiento del idioma, a la historia; es también disciplina moral y filosófica, venero de ideas con-

frontables con las nuestras, de mitos en su origen poético. El escolar, al verter el texto latino, ve aparecer multitud de aproximaciones; traslada sin deformar el pensamiento, ni empañar la imagen o deslucir el estilo. Da profundidad a su léxico, renueva su expresión aquilatando la ajena; va creciendo con el modelo que interpreta y traduce; adquiere el inapreciable anhelo de la exactitud y la claridad; la facultad de ponderación, de equilibrio, de orden. Penetra en la convergencia de ideas universales; conoce el valor de nobles virtudes. Quien las conoce fortalece su ánimo. La flexible educación literaria, en su sentido rigurosamente clásico, constituye el primer elemento de toda ciencia. Las cualidades morales se perfeccionan en difícil y constante esfuerzo; los grandes escritores fueron los que las han hecho amar. Las vidas transfiguradas por un ideal nos impulsan a sobrepujarnos, nos revelan la posibilidad de los propios valores espirituales. Las letras realzan esas joyas de la experiencia y la sabiduría, las pulen, las embellecen, las convierten en una seducción irresistible. El saber por saber si llega verdaderamente a ser saber engrandece su finalidad inmediata. Pero ese «saber», ¡cuán más hondo es que la información que poco cuesta, y esas letras en que se encuentra cómo se llenan de la significación que fluye de una mente esclarecida! La valoración imperfecta confundió, no sin misterio, lo bello con lo útil. Lo bello es lo más útil por su poder enaltecedor. La hermosa palabra, alvéolo donde el pensador destiló esencias preciosas, ofrece el brillo de su significación, la gracia de la imagen, la riqueza de contenido, la veracidad del sentimiento. El bajo relieve antiguo educa con la armonía y pureza de líneas, con la idea que habla en el mármol. Una estrofa recoge el espíritu en lo imperecedero. Lo bello, la más noble creación del hombre es la superior didáctica en la jerarquía de este concepto. La hermosura, la magia de las letras, operan la transmutación de la ignorancia primitiva en la claridad creadora del entendimiento. El arte antiguo, y sin comparación el griego, en su perfección nunca igualada, nos legó la belleza educadora; su diálogo que se detiene en la perfección lograda, y se busca de nuevo en la escuela de su indagación propia. La servidumbre irreflexiva, la ignorancia, son fealdad, y las épocas recordadas que llegaron al pensamiento y a la idea de belleza se emanciparon de límites inferiores, para recoger raras virtudes, en lo más elevado de la aspiración humana, sin solemnidad ni énfasis, con cla-

ra sencillez ática, libre en la ironía alada y en el examen convincente.

La responsabilidad de la innovación exige prudencia austera; levantamos los muros de la nación futura, no solamente próspera, sino esencialmente noble por la calidad conseguida en el esfuerzo, que es lo que en definitiva conforma; por las letras que nacen de un estado de santidad de un culto intensamente elaborado.

La suma está en esa aspiración a ser modelo, en la capacidad de entender, de purificarse, de penetrar en regiones aún no conocidas. La patria se exalta en la universal irradiación ética de belleza, de maestría, de perseverancia en lo perfectible, de amor a lo creado, a la idea y al ser, a la historia y al paisaje, de identificación universal con las grandes almas. La suma está en el espíritu libertado del oscuro egoísmo, luz identificada en el universo, partícula divina, creadora de obras divinas. El agua de Iliso no es sólo visión del continuo fluir, del cristal de la onda, sino algo maravilloso de realidad y de pensamiento; junto a esa corriente escasa se oyeron palabras que dieron jerarquía; allí adquirió valoración indestructible la inteligencia ordenadora. Ese milagro poético y ético, de palabra platónica, de ritmo y de número, de línea de Fidias y de creación científica, son patrimonio nuestro, incorporado a toda ciencia y a todo deseo de perpetua continuación de nuestro entendimiento jónico y socrático, cristiano y renacentista. Por más que admiremos lo pintoresco y lo exótico a nadie se le ocurrirá colocar creaciones folklóricas o extrañas al lado del Fedón, del Fedro, o de la Ilíada. Una palabra común adquiere un sentido insospechado, una manera de decir, como impensada, una representación interior de lo visto o adivinado; encierra la acomodación de la realidad a lo espiritual, sin que las cosas pierdan su esencia; nos lleva a la hora en que nos hallamos con la revelación en nosotros mismos. La persona, en lo que guarda de propio en lo invariable, recoge en simpatía indefinible el universo. El anhelo tocado por este don de sentir tiene en su sencillez la resonancia del alma elaborada intensamente en el tiempo. Esta virtud prolonga la vida de la imagen fugaz, de la sensación desvanecida. En lo hondo del conocimiento, como en el centro de una esfera, lo divergente concierta en una unidad de origen.

Nuestra conciencia tiende a los maestros depositarios de la sabiduría de los libros, confrontada con la dirección de la vida; la intensa labor, a veces de corta vista, de la enseñanza primaria, el trabajo de los investigadores, más coherente cada día, crea, en la extensión de nuestro territorio, nacientes núcleos de lectores; nuestro país está lleno, felizmente, de establecimientos que llaman al silencioso estudio; estos colegios pueden realizar en amor a las letras, en su amplitud, la obra irradiadora que les fué encomendada. La realizarán cuando sean más los que indaguen cuánto se puede conocer en la disciplina que estudian, cuando inscriban su nombre en la bibliografía sabia. La erudición, aunque el que no quiere poseerla la mire como una práctica alejandrina, es la que mantiene los vínculos intelectuales, las conexiones en la historia del conocimiento, la renovación perenne de los viejos textos, funda una escuela de saber, de interpretar, más indispensable en nuestra lengua donde no se estudia la antigüedad y no prospera todavía el anhelo filosófico que crea la metafísica y la ciencia pura. Las bibliotecas colaboran en esta función educativa, si ofrecen instrumentos de eficaz formación intelectual y artística. Toda educación vivifica la parte moral, conduce a la felicidad del ánimo. El buen libro entrega de por sí la llave preciosa de la vida interior. Quien lo lee adquiere la difícil capacidad de obrar rectamente. No se ha de seguir cada nueva opinión por sólo ser nueva, ni se obligará a creer, por desestima de la tradición, por superficial elegancia, lo que no aprueba la eficacia del examen lúcido; bueno es entregarse a la simpatía generosa, hay mezquindad en cerrar los oídos a lo que no sea moderno como si se viviera en una cueva: la lectura frecuente, confrontada y estudiosa de los grandes maestros de todos los tiempos nos lleva a donde el camino para aprender y para iniciarse en el arte no es el de negar el lugar donde no se ha estado, sino el de indagar dónde nos encontramos. Las valiosas obras que están en la biblioteca al alcance de la mano, encierran la suma espiritual de escritores y de sabios —todo escritor es sabio—, que embellecieron el alma con elevadas aspiraciones, con riqueza de sentimientos, con caudal de concepciones entrañadas y adquiridas para siempre.

El lector que disfruta el regalo de su estante con libros propios, que vive la hora de belleza, el delicado instante de

descubrimiento, de confrontación y de análisis, está ensanchando en sí mismo el límite. Al descifrar, conocer y hacer propio el pensamiento de esclarecidos maestros adquiere una nueva existencia.

La emoción que produce una gran biblioteca con el caudal de los siglos y de los idiomas, con la majestad de las valiosas obras, con la curiosidad de los libros raros y el descubrimiento de una infinita labor insospechable, tiene mucho de sagrada; vemos allí el imponente prestigio del trabajo y del saber humano en el antiguo libro y el texto modernísimo, encontramos los tesoros que son la revelación universal de una nación y de una ciencia, de la excelencia del arte en su perduración inextinguible; se piensa al admirarlos en el genio esforzado del hombre y se venera también a los ilustres impresores en la calidad de la nobleza tipográfica.

En la formación intelectual de los países jóvenes la importancia de las buenas bibliotecas públicas está en la amplitud de lo que abarcan, en convertirse en centro de laborioso recogimiento. Es deber juntar allí lo excelente, coadyuvar a la estabilidad y al mejoramiento de esta obra perfectible. En innumerables pueblos personas abnegadas se consagran a crear, enriquecer y conservar bibliotecas particulares o públicas. Tratan de limar la aspereza de las pasiones con la serenidad de la inteligencia; la ambición instintiva con el deseo de alcanzar nobles virtudes, de apagar el odio con la amistad en el estudio. Difunden la ciencia de leer y releer obras insignes, el don de apreciar y de admirar, la virtud de entender y de aprender, y pueblan los estantes con libros que son una invitación a penetrar con amor en la nobleza del espíritu enaltecido donde persiste el descubrimiento y la duración del hombre en las letras.

ARTURO MARASSO.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

EL CUENTO COMO AUXILIAR DE LA ENSEÑANZA

Hace doce años, en uno de los últimos días de clase, los niños de una escuela de Avellaneda, la populosa y simpática ciudad bonaerense que tan fuertemente me recuerda el barrio porteño de mi infancia, —el de la Concepción—, me rodeaban, como cercan las olas al pescador, para escuchar la lectura que les hice de las siguientes páginas, también expresamente escritas para ellos.

Como tantas otras veces, —les dije—, una de estas recientes mañanas de primavera, solté la pluma para atender un llamado telefónico. Era el mensaje de una voz para mí ignorada hasta entonces, la voz de uno de los muchos amables amigos a quienes me va vinculando, con rara fortuna, mi obra de escritor. Ese amigo desconocido, era el padre de uno de vosotros, cuya mano he estrechado por primera vez hace unos instantes, y la escuela que él me invitaba a visitar, esta escuela de Avellaneda.

Cuando volví a los papeles para reanudar mi trabajo, no sé por qué cobró vida en mi imaginación, con las mismas tintas y los mismos rasgos de la realidad, el recuerdo querido de un niño que conocí hace ya mucho tiempo. La dulce aparición movió los labios y dijo: —¿Por qué no les hablas de mí a los niños de Avellaneda? Quizá les interese mi historia, quizá algo les enseñe.

Pensé que no andaba equivocado, y sin meditarlo más, me puse a la tarea, muy grata, por cierto, de evocar su infancia.

Allá por 1906, en un barrio porteño muy pobre, vivía un muchachito muy pobre también. El tranquilo Buenos Aires suyo y mío, pues yo fui su vecino de barrio y su compañero de escuela, empieza a borrarse no solamente de la realidad sino hasta de la memoria de los que entonces éramos niños. Poco, muy poco queda a nuestro alrededor del Buenos Aires que conocimos en nuestra infancia. Las viejas casas bajas, con sus grandes patios, a los que daba quieta sombra una parra criolla y dulce aroma un jazmín del país, han sido demolidas, unas para levantar gigantescos rascacielos, otras

para abrir anchas avenidas. Por las calles estrechas, donde antes resonaban las ruedas y sacaban chispas las herraduras, los vehículos deslízanse ahora sin ruido, porque el desigual pavimento de piedra ha sido reemplazado por lisa manta de asfalto, los caballos por motores, y las llantas de hierro por neumáticos. El aire, que en aquella época era puro y silencioso, sin más aromas que el de las flores de los jardines y el del incienso de las iglesias, y sin otras notas que el son de las campanas parroquiales o la música de los organillos callejeros, lleva ahora olor de mercados y vibración de altavoces, humo de fábricas y estridencias de sirenas, tufo de nafta y brillo de letreros luminosos. Y allá arriba, en las mayores alturas del cielo, en la región misteriosa donde a principios del siglo sólo iban a perderse los globitos de gas que escapaban de las manos infantiles —globitos rojos, verdes, azules—, vuelan potentes, rugidores, deslumbrantes, los pájaros mecánicos....

En aquel mundo y en aquel tiempo vivía el muchachito de quien os hablo. Con sus diez años mal contados, cursaba el quinto grado. Era movedizo, conversador, risueño. Grandemente emotivo, encendíasele el rostro de instantáneos rubores, e inundábansele los ojos de fáciles lágrimas. Hacía muy buen papel entre los chicuelos de su clase; contestaba vivamente a todas las preguntas, y en los ejercicios de redacción sobresalía siempre.

Sin embargo, como éramos grandes amigos, me confió un día un vergonzoso secreto; él no era el autor de su composición; el verdadero autor de sus composiciones era su papá. ¡Por eso resultaban siempre tan hermosas!

Yo me llevé las manos al pecho, temeroso de que la grave confidencia pudiera escapárseme como un pájaro. Pálido y tembloroso, mi amigo fué explicándome en voz baja cómo se las arreglaba para engañar al maestro. Este, que previamente se aseguraba, en todas las ocasiones, de que ninguno de sus alumnos conociera por anticipado el cuento que había elegido como tema para la clase de redacción, lefalo en el aula, —era inteligente lector, muy buen lector el maestro—, y exigía que, luego, con el sólo auxilio de la memoria, los niños reconstruyeran el relato en su casa, para presentar el trabajo escrito al día siguiente. A su turno, el maestro llevábase a su domicilio el manojito de hojas sueltas y, después de atenta lectura y bien meditada clasificación, devolvía en

otra clase las composiciones, siguiendo, al entregarlas, el orden decreciente de los méritos literarios. El niño que recibía en primer término su trabajo, era el autor triunfante aquella vez.

Mi amigo, pues, escuchaba la lectura de cada nuevo relato con alma y vida, y en no escasas oportunidades su imaginación poderosa le representó tan a lo vivo aquellos dramáticos argumentos que no pudo contener las lágrimas. Vuelto a su casa, el niño repetía a su padre, punto por punto, el cuento que acababa de oír de labios del maestro. ¿En qué forma lo repetía? Lo repetía en forma tan fiel, tan colorida, tan animada, que su padre podía dictarle, en seguida, una reconstrucción casi perfecta de la versión original, que él, sin embargo, sólo conocía a través de la que habíale hecho su niño.

Ya me había habituado a llevar entre pecho y espalda la confianza de mi amigo, cuando ocurrió algo más extraordinario, si cabe, y que también él me confió inmediatamente.

Una tarde, el padre, después de escuchar una de aquellas bellas, fuertes, claras reconstrucciones orales, le dijo: —Toma la pluma, y escribe ese cuento tal como acabas de contármelo.

El niño obedeció. Adoraba a su padre y, como quien desde la borda de un barco incendiado se arroja al mar, púsose a escribir. Escribió con esperanza porque le alumbraba la sonrisa amiga del verdadero autor de sus composiciones; escribía con desesperación porque estaba muy lejos de creer en sus propias fuerzas. Esta vez, sería otro alumno, y no él, quien se adelantase a recibir la hoja triunfal, porque, ahora, su trabajo ya no podía ser el mejor.

Al día siguiente entregó su composición y esperó. Según era su costumbre, el maestro —inolvidable y querido señor Giúdice, José Giúdice se llamaba el maestro de aquel quinto grado—, al volver a clase, puso sobre su mesa el rollo de papeles donde su pluma, diligente y severa, había hecho ya las correcciones con tinta roja, y dijo, sumiendo a mi amigo en la más grande sorpresa:

—Niños, esta vez también ha sido la mejor composición la de... Berdiales.

Ya lo habíais adivinado u os faltaba muy poco para adivinarlo, ¿verdad? Sí, yo he sido ese niño de quien os he estado hablando. Por eso conozco tan bien todos sus tremendos secretos.

Como veis, queridos niños, recibí de mi padre la primera lección de arte literario. Grande y profunda lección. Recordadla: hay que escribir como se habla cuando se pone en la palabra todo el calor del alma.

Por mi parte, no lo he olvidado nunca.

Ésta fué mi enseñanza para los escolares de Avellaneda y, si me he atrevido a repetirla aquí, es porque, cuando acepté el honroso compromiso de colaborar en "Revista de Educación", pensé que bien pudiera servirme de ella para insinuar a mis distinguidos colegas, los maestros de la provincia de Buenos Aires, la conveniencia de ensayar en sus clases de redacción el simple pero fructífero procedimiento que empleaba aquel mi oscuro y dignísimo maestro.

Si alguien acogiera con simpatía esta proposición, podrá espigar en abundante bibliografía, pues, aparte de las obras maestras con que cuenta el acervo universal, podrá hallar muchas y valiosas piezas en libros uruguayos y argentinos, por cuanto el género es ya una hermosa realidad en el Río de la Plata.

GERMAN BERDIALES.

SOBRE LA DESCRIPCIÓN PLÁSTICO-PICTORICA

Obras de pintura mural efectuadas en los últimos años por artistas independientes de la Argentina, al margen del apoyo oficial, en iglesias, edificios, galerías y viviendas, nos llevan a evocar ejemplos clásicos, para fijar un concepto acerca de la descripción plástico-pictórica. Ellos acaso sean válidos en el pensamiento y la realización de pintores de la categoría de Spilimbergo, Soldi, Castagnino, Batlle Planas y otros pertenecientes a las nuevas generaciones, cuya labor trasciende en el muro y penetra, a través de sus imágenes visuales, en la vida del pueblo, en cuanto ese pueblo se convierte en espectador y gustador culto.

Anotaré sucintamente nombres de artistas y pinturas al fresco y al óleo de Italia, en el curso de los siglos XIV al XVII, puntos extremos desde el alumbramiento pre-renacentista a la decadencia que, al cabo, va a inferir graves heridas estéticas a un arte secular.

Un luminoso espíritu descriptivo preside las pinturas de Perugino en el Colegio del Cambio de Perugia. Las evoco entre pinos, tilos, plátanos y olivos, sobre un fondo de añil. Sus clásicas figuras —paganas y cristianas— son majestuosas y serenas. El dibujo y la forma por el color, con su acento figurativo, se adaptan al sentimiento moral y éste vive en la convidadora luz recreada por el artista.

El Sueño de S. Ursula, en la serie de la leyenda pintada por Carpaccio y existente en el Museo de la Academia de Venecia, ha sido ejecutado con justeza de línea y color de ritmos musicales. Esa línea y ese color vibran cadenciosamente, los percibo en acordes ensamblados.

La exacta iluminación aun dentro del ligero claroscuro, los pasajes de uno a otro plano en ese orden sereno, fundamentan la pincelada precisa. Pero sólo el Sueño reúne las virtudes en que se alían arte y poesía.

La fantasía plástico-poética de formas cerradas, evidente en los paneles de Benozzo Gozzoli, en el Palacio Médici-Riccardi, de Florencia, participa de la naturaleza (paisajes de Fiesole, Pisa, Bologna, S. Gimignano).

La forma - volumen - color conserva su vigor en el espacio festivo. Los encendidos frescos acogen el brillo de las vestimentas y las joyas que lucen los personajes y los arneses de los caballos. La escena, con Lorenzo de Médici a caballo y las figuras y ambiente que completan la composición, son una prueba terminante.

He señalado tres momentos, que me deleitan; pero la narración pictórica peligra en grado sumo cuando la naturalidad sobrepasa a la expresión poética, como en la Historia de María y S. Juan Bautista, de Ghirlandaio, en la florentina Santa María Novella.

Del gozo sensual de la descripción de Benozzo al gozo moral de Perugino, en sus formas más duraderas, se alcanza el milagroso equilibrio del Nacimiento de Venus, de Sandro Botticelli, y alguna Virgen rafaeliana. Sólo que en Rafael se deslizan zonas frías y amaneradas. Aparece el elemento sentimental, que el urbinense logra controlar en los retratos de los Boni y La mujer velada.

Cuando se observan los frescos de Uccello —el diluvio universal, La creación del mundo, El origen de la mujer, La expulsión del paraíso, o el Arca de Noé— a pesar de los defectos que han sufrido se intuye cómo el pintor intelectual-

liza sus composiciones fundándolas en volúmenes y masas en los que el color se identifica con la forma y las líneas prospectivas.

Orcagna, ostensiblemente dramático, alía la fuerza plástica material a la expresión humana: acentúa el contorno de sus "cabezas" y adensa el volumen de sus "figuras". Esas cabezas y esas figuras parten de la abstracción y se elevan a una acentuada humanización formal.

No es el fresco total de Lucas Signorelli, en la catedral de Orvieto, que salva virtudes de ese linaje. Allí asoma —en el Infierno, en la Resurrección— un color que carece de patetismo, y las líneas que marcan los cuerpos son más decorativas que plásticas. La psicología —esa endiablada quimera— hincó el diente en el relato. Únicamente cuando el oficio de Signorelli se fortifica en los planos sostenidos del dibujo y del color —los Fulminados (fin del mundo)— se celebran sus espléndidos azules y verdes en cuyo ajuste la pintura está en su plenitud.

La descripción cae en lo ilustrativo por el exceso de los elementos que confunden aun en la Escuela de Atenas, o la trampa del ángel de La liberación de San Pedro, en el Vaticano. De sus frescos, Rafael logra mayor rigor en La misa de Bolzano: aquí ha sintetizado su composición, los volúmenes se ordenan con claridad y los planos de color se exaltan y depuran.

Rafael estaba lanzado hacia las blanduras y los efectos con la excepcional facilidad de su mano. Esta predisposición se adelanta tanto más en la Sala Constantino, concluida por sus discípulos. Se observa la quiebra del volumen y el confusiónismo del color; el relato se convierte en tema de ilustración por el predominio de las escenas literarias sobre la severidad plástica. Es el momento en que uno huye de ese hartazgo y vuelve a las formas geométricas de las colinas y los pinos del Lacio y la Toscana.

Rafael —gran dotado, no siempre logrado— persigue la claridad y la luz naturales, el dibujo y la forma reales, y le tienta el afinamiento de sus figuras y atmósferas, como se ve en sus óleos. En La Transfiguración lo absorbe en exceso el color natural y pone en ese sentimiento pasión y oficio, mas se bifurcan la línea-plano y la forma-color. En la parte superior de esa tela la pintura alcanza su propósito: allí la depuración del sentimiento se alía al color expurgado de elementos difusos.